

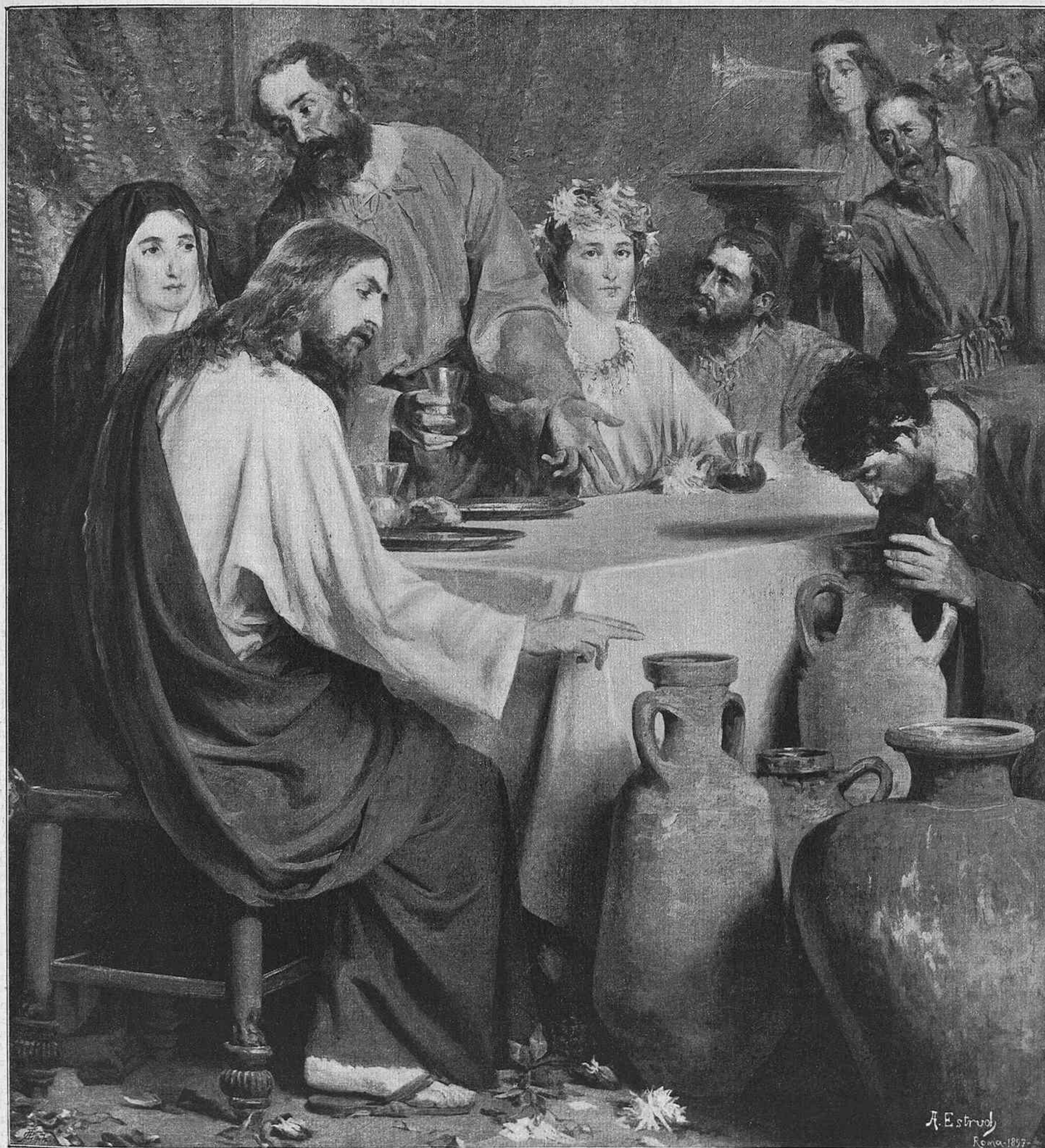
La Ilustración Artística

AÑO XVII

BARCELONA 21 DE MARZO DE 1898

NÚM. 847

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LAS BODAS DE CANAÁN, cuadro de Antonio Estruch

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Filipinas*. — *Ricardo de la Vega*, por José Juan Cadenas. — *Retrato de Prim*, por Eusebio Blasco. — *Flores de invierno*, por Rafael Altamira. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *El sostén de la familia*, novela (continuación). — *El cartel moderno*, por Luis Hofffeld. — **Libros.** — **Grabados.** — *Las bodas de Canaan*, cuadro de A. Estruch. — *Ricardo de la Vega*. — *El perro que llevaba la comida a su amo*, cuadro de F. Borchard. — *La visita de los ángeles*, cuadro de C. Walther. — *Guerra de Filipinas*. *Una camiseta usada por los insurrectos*. — *La paz de Filipinas*. *El negociador de la paz y los principales cabecillas insurrectos*. — *Luna de miel*. — *Bodas de oro*, dibujos de Huertas. — *Tina di Lorenzo*. — *Casa montañesa*, dibujo de M. Pedrero. — *Carteles anunciadores*. — *Buenos Aires*. *Proyecto para la nueva universidad*.

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la misma correspondiente a la serie del presente año. Dicho tomo es «Un mundo desconocido ó dos años en la luna», novela escrita por Pierre de Selenes, con ilustraciones de Gerlier, en la que la ciencia va unida a la más ingeniosa ficción, y cuyo autor, suponiendo que en la luna hay habitantes, traza con grande inventiva y ameno estilo el género de vida de estos moradores, sus costumbres, estudios, adelantos científicos, etcétera, resultando de todo ello un libro tan entretenido como interesante, que no dudamos será del agrado de nuestros suscriptores.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Siguen siendo — como en tiempos de D. Ramón de la Cruz — las horas de la mañana las predilectas del Rastro. Para *rastrear* hay que madrugar, con lo cual está dicho que los durmientes crónicos no rastreamos jamás cosa alguna que valga media peseta.

Si se han de conseguir en el Rastro *lances y gangas*, es preciso ir muy temprano, dicen todos los expertos é inteligentes; llegar a tiempo de espumar la olla, que a las nueve ó diez de la mañana ya está espumada por los innumerables prenderos, aficionados, curiosos, coleccionistas y maniáticos que allí se descuelgan a pescar en el sucio y revuelto oleaje de las tiendas, tinglados, tenderetes, barracas y puestos que forman el Rastro y sus Américas famosas — las únicas Américas que nos quedarán bien pronto a los españoles, por las trazas. — Los que vamos a eso de las once ó doce de la mañana, antes ó después de la misa, sólo encontramos ya polilla, polvo, mugre, usagre, moho, orín, trapos y ferranchos viejos. ¿Es que antes había existido otra cosa? Aquí entran mis dudas. No me atrevería a jurar que sí ni que no.

Está, en efecto, tan rebuscado, apurado y aquilardado todo, que si alguna verdadera obra de arte, algún cuadro de mérito, algún libro raro saliese a los puestos del Rastro, antes de aparecer desaparecería. Dícese — es la leyenda que se oye repetir por todas partes con eco misterioso — que antaño el Rastro era como esos remolinos del mar, donde entre algas, conchas, arena y lodo se enredan y depositan joyas magníficas y vasos de precioso metal, despojos de naufragio, y donde el buzo encuentra tesoros que le enriquecen para toda su vida. No dudo que esta leyenda se funde en la verdad, y sólo por ella se explica que personas de muy escasa fortuna hayan reunido, a mediados de este siglo, notables colecciones que representan un valor de muchos miles de duros. Con paciencia é inteligencia, en el Rastro se encontraba de todo. Hoy se han abispado tanto los anticuarios, al olor del dinero de los extranjeros, que apenas asoma en el Rastro cualquier fruslería de algún mérito, la arrebatan, y allí sólo queda lo desechado; lo que no llena las condiciones del arte.

Así y todo, el aspecto del Rastro es pintoresco en grado sumo. La Ribera, con su violento declive, parece un torrente que arrastra en sus ondas los despojos de una inundación. Los puestos y baratillos atraen la mirada, solicitando la curiosidad con las mil futesas que se hacinan en sus mostradores. El carácter dominante de la mercancía del Rastro es estar amontonada y exigir del comprador un trabajo de registro y expolio, que presta a la adquisición algo de los encantos de la caza ó la pesca. Yo creo que el atractivo del Rastro consiste en eso. El comercio moderno ha simplificado de tal suerte las compras, que ya no son divertidas. Con el precio fijo ha desaparecido la emoción del regateo. Con la claridad, limpieza y orden de los establecimientos actuales, el comprador no se siente explorador: una breve exhibición, un seco «Enviemelo usted», y ya está. No así en el Rastro. Allí todo se discute, todo se mira y remira, todo se reduce a la mínima expresión de dinero: trasto hay por el cual piden ciento y

que os lleváis a casa en diez, porque probablemente ni aun vale cinco; y se ajusta hasta la conducción, recargada a priori y rebajada a posteriori, lo mismo que las demás cosas...

¡Trozo de Madrid típico y animado y castizo, a pesar del transcurso del tiempo y la mano niveladora de la civilización! A dos pasos del Rastro está el mercado de la Cebada, siempre inundado de sol, siempre alborozado por la greguería y los pregones de las vendedoras, y en que las notas gayas y alegres son las banastas de naranjas y los haces de flores, vendidas al peso como la legumbre. Sin transición se pasa del mercado bullanguero al otro mercado, más grave y flemático — desde los comestibles, que son necesarios para la vida, hasta los trapos, guñapos y trastajos, que suelen ser inútiles. — Los vendedores del Mercado apuran al comprador, le llaman, le incitan, le ofrecen su mercancía, que no puede aguardar; los del Rastro los ven pasar en silencio, con una especie de apatía desdeñosa: raro es el que se molesta en dirigirse la palabra, en incitarlos a entrar en su tenducho: ya entraréis, si os da la gana; ya volveréis, si sois de ley...

En cambio, cuando os decidís a entrar, los del Rastro os reciben mejor, mucho mejor que las plateras. Éstas, a la primer palabra del regateo, suelen espetar una fresca ó una injuria. Los otros os acogen con la grave cortesía del pueblo español no maleado aún por el bárbaro *sans façon* chulesco: os ofrecen asiento, os permiten mirarlo y examinarlo todo, y sin señal de desconfianza os dejan solos ante los cajones llenos de chucherías. La confianza, en el Rastro, ha llegado a constituir una segunda naturaleza; allí todo está abierto, todo tirado por los suelos y el arroyo, todo a la vista, y los prenderos confiesan ingenuamente que ni saben lo que tienen, ni llevan cuenta, ni se precaven de nadie. Aunque no os conozcan y no saquéis dinero, se empeñan en entregar lo comprado. «Ya volverá usted... cuando pueda... y no se moleste en bajar por tan poca cosa...» Apenas se da caso de que uno del Rastro haga facturas por escrito: los contratos son verbales, y son sagrados. Si algún prendero exige *señal*, es porque sin la *señal* no se juzgan comprometidos a reservar el objeto que elegisteis. Hay cierta hidalguía, que aún huele a tradición, en esas humildes Américas, atestadas de restos y reliquias de pasadas grandezas y desvanecidos bienestares...

Allí se encuentra de cuanto Dios crió «excepto de lo que se necesita», suelen decir los maliciosos y los enemigos de las compras «de lance.» Es muy cierto que de todo se encuentra; pero, generalmente, descabado y faltoso, ó por lo menos disparejo. Si hay unos bonitos gemelos de teatro casi nuevos, milagro será que conserven su caja; si parece un buen instrumento de geodesia ó de física, el diablo que averigüe adónde habrá ido a parar el estuche; si pescáis una graciosa figurita de una pastora de porcelana, sabe Dios dónde se estará el pastor; si descubris un cuadro regular, busca el marco. A los libros ha de faltarles la portada, ó el colofón, ó las dos cosas, amén de varias hojas que volaron, sin duda en otoño; las esculturas carecen de dedos, ó de pies, ó de brazos, ó de pedestal; los abanicos, de tornillo y varillas; las cómodas, de tiradores; un zarcillo anda suelto; a un brazaete le arrancaron las piedras; a San Antón le quitaron el *yankee* (frase textual, y no mía); a Santa Teresa la desplumaron; y necesitáis pasar una mañana escudriñando si habéis de encontrar algo casado en las Américas — pues allí la soltería de los objetos es la ley general; jno he visto oposición como ella al sacramento del matrimonio!

La extremada confianza de los prenderos y baratilleros no se altera por los frecuentes robos que se cometen allí. Casi en mi presencia desaparecieron no ha muchos días, de una barraca de las Américas, dos candelabros de bronce, dicen que bastante voluminosos, que un *vivo* se llevó ocultos bajo la capa. Las capas son, como en los tiempos del sainetero D. Ramón de la Cruz, las encubridoras y disimuladoras de las picardías. Dos candelabros de bronce no son una baratija; ya hacen bulto. Sin embargo, delante de las mismas narices del dueño los afanó el ladronzuelo, fingiéndose curioso, distraído y receloso de las pulmonías. ¡Lo que son las casualidades! Puede que no hubiese en todo el Rastro otra pareja, otro casamiento verídico, sino el de los candelabros en cuestión, que su malaventurado poseedor auguraba ser «de estilo Luis XV.» Por eso quizás volaron; por lo de casados, quiero decir. Como que les molestaría ser los únicos unidos legalmente, allí donde todo anda suelto, señero y libre, ó a lo sumo «casado sin dispensa.»

Hay una parte del comercio del Rastro que da mucha luz sobre las miserias y estrecheces de infinitos habitantes de la villa y corte. ¿En qué estado de

inopia, en qué apuros se verá el que baja al Rastro a comprar un par de botas ó de zapatos de lance? Hay que ver ese calzado para compadecer al que, de madrugada y con la minuciosidad del que adquiere sin tener dinero más que para la indispensable adquisición, va examinando uno por uno los deteriorados pares, ya torcidos, ya rotos, ya agrietados, ya limados y apurados hasta lo inverosímil, con los cuales espera remediarse un infeliz. Más pobre que el que desechó las miserias *cañotas*. Hay pares de calzado a dos, a tres, a cuatro reales — y los hay que por diferencias de céntimos se dejan y se toman. — Al pasar lo más lejos posible de tan repugnante mercancía, se experimenta compasión pensando cuántos y cuántos la aprécian y la buscan para no andar con las plantas de los pies sobre los duros guñajos.

Y lo mismo sugieren las prendas de ropa. Tanto gabán raído y grasiento; tanto pantalón desflecado; tanto chaleco hecho trizas; tanto sombrero apabullado y sin cofia, tienen quien los ferie, tienen quien los codicie, tienen quien los pague con el fruto de su sudor y de su trabajo a las altas horas de la noche. Tal cual son las destrozadas prendas, espantan el frío y cubren las carnes, y acaso preservan de la traidora pulmonía ó del insidioso reuma a su dueño. Acaso los primorosos abrigos que expone en su escaparate Isern, acaso las blandas pieles que se exhiben en la calle del Carmen, no son tan apetecidas como los guñapos que se columpian al sol en el Rastro...

A cada uno de esos despojos le llega su San Martín. No hay cosa que no se venda, a la corta ó a la larga. Lo mismo el anticuado chirimbolo ó el broche de pedrería falsa, que el arma herrumbrosa y el telescopio inglés pasado de moda y contemporáneo de los descubrimientos de Henschell..., encuentran su parroquiano y desaparecen del Rastro al fin. ¿Qué diréis que he visto *despachar* no ha muchos días? Un sombrero de señora, un sombrero elegante, que a nadie se le ocurriría que iba a saltar en tales sitios. Y forgé en mi mente una historia: la esposa que compra el sombrero muy caro; el marido que se enoja y censura; la mujer que revende en dos duros lo que le costó quince ó veinte; la prendera, que a la otra semana, lo cede por cinco a la modista que otra vez se lo emboca a una *lionne*, la cual ni aun sospecha que el remate de su esbelta figura estuvo en el Rastro en compañía de una silla paticoja, una artesa rota y un sofá con hernias de cerro...

EMILIA PARDO BAZÁN

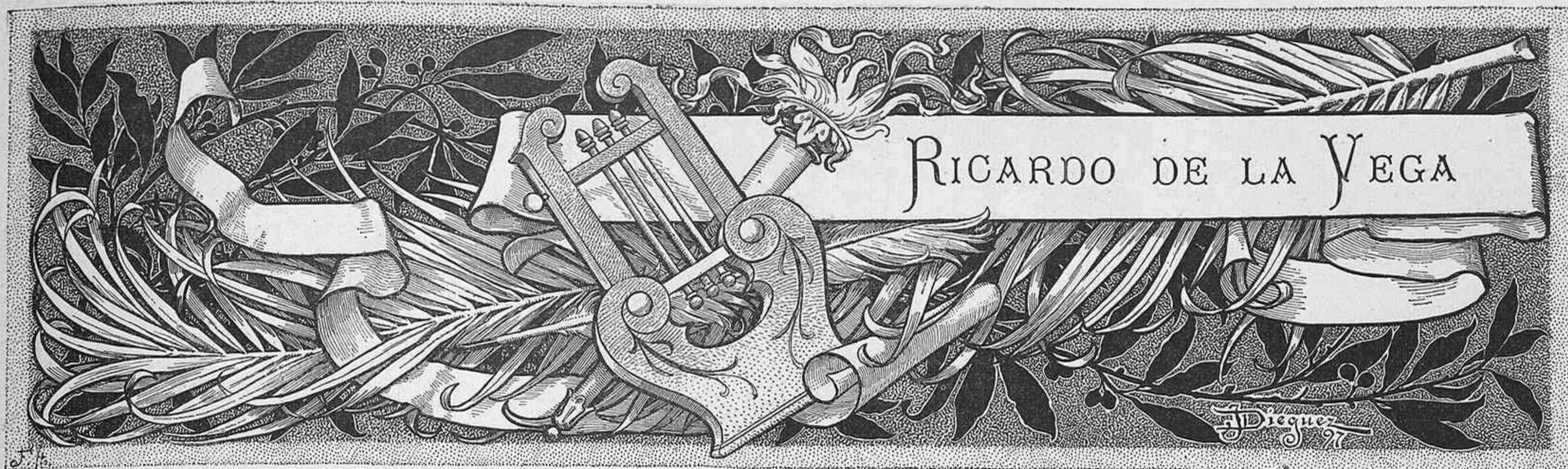
FILIPINAS

(Véanse los grabados de la página 791)

No menos interesantes que los publicados en el número 844 son los grabados que damos en la página 791 del presente, tomados de las fotografías que se ha servido remitirnos nuestro inteligente y activo corresponsal en Manila Sr. Arias y Rodríguez. Dos de ellos reproducen el delantero y la espalda de una camiseta convertida en *anting-anting* que llevaban algunos insurrectos durante la campaña para preservarse contra los proyectiles. El *anting-anting* ó amuleto usábanlo ya de antiguo los tulisanes bandidos ó salteadores, y consistía en oraciones extrañas, jeroglíficos con figuras extravagantes, monedas raras ó medallas de metal, unos y otras guardados en bolsitas que llevaban colgadas del cuello con un cordón ó cinta: en todo tiempo han tenido aquellos gran fe en tales amuletos, considerándolos como preservativos contra la muerte, las heridas y las enfermedades, y tan confiados están en su eficacia, que se exponen a las balas a cortísima distancia. Como ahora todo progresa, en la última insurrección el *anting-anting* se ha convertido en prenda útil ridículamente historiada con toscos dibujos y jeroglíficos indescifrables. «Entre la gran variedad de *anting-anting* — dice el Sr. Arias en los curiosos apuntes que con las fotografías nos remite, — todos comunes y constituidos por medallas, oraciones y grabados sobre papel ó naipes recortados en forma circular, sólo dos se han distinguido: uno es un librito de oraciones, admirablemente escrito y con una estampa de San Ignacio trazada a la pluma y bastante bien dibujada; el otro consiste en las camisetas, de las que se cogieron a los insurrectos dos exactamente iguales, de las cuales reproduzco una, que obra en mi poder. Ninguno de los jefes insurrectos me ha podido explicar el significado de las figuras y letras que en la camiseta se ven, y todos ellos se ríen de tales amuletos, habiendo consentido que su gente los llevara porque con ello les infundían más valor en los combates. Alguno que otro jefe usaba grandes medallas de plata redondas, del tamaño de un duro, con la imagen de la Purísima Concepción.»

La fotografía que representa el grupo formado por el negociador de la paz y los principales caudillos insurrectos fué hecha por el Sr. Arias en Biac-na-bató, cuartel general, por decirlo así, de la insurrección, en donde se proclamó la república y se firmó la paz. Componen dicho grupo el Excmo. Sr. Don Pedro M. Paterno, árbitro en las negociaciones de la paz; don Emilio Aguinaldo, ex-capitán municipal de Cavite Viejo, generalísimo de las fuerzas insurrectas; Isabelo Artacho, titulado Secretario del Interior; Baldomero Aguinaldo, titulado Secretario de Hacienda; Severino de las Alas, titulado Secretario de la Presidencia; Antonio Montenegro, titulado Secretario del Interior, y Vito Belarmino, titulado Secretario de Guerra.

El Sr. Arias, a quien una vez más reiteramos la expresión de nuestra gratitud, nos ha remitido también un interesantísimo retrato de Emilio Aguinaldo en traje de campaña, que reproduciremos en uno de los próximos números.



RICARDO DE LA VEGA

Los que por vez primera vean á Ricardo de la Vega, indudablemente pensarán que el celebrado autor debe tener muy mal genio, porque, á juzgar por el aspecto exterior, parece de carácter avinagrado, adusto, irascible.

Y no hay nada de esto. Vega, nuestro primer sainetero, es bondadosísimo, jamás se incomoda, procura complacer á todo el mundo y es, en fin, un hombre incapaz de causar el menor daño.

Su abolengo reaccionario ha sido la peor recomendación que ha podido traer para hacer pasar sin dificultades su «equipaje literario»; pero como el mérito verdadero logra al cabo imponerse, Ricardo de la Vega tiene, en la actualidad, la satisfacción de ver que todo el mundo le hace justicia, y sus obras, justamente celebradas por amigos y adversarios, le colocan á una altura envidiable dentro de las modernas letras.

Sus ideas le han perjudicado mucho, porque de este resultado algo tardío ha podido disfrutar indiscutiblemente desde que se dió á conocer al público con sus primeras obras. Algo también de sátira contra cierta tendencia literaria le causó molestias, pues los que recuerdan el estreno del sainete *La Abuela*, cuando se hallaba en todo su apogeo el teatro de D. José Echegaray, refieren que en aquella representación hubo casi un conflicto de orden público, y mientras una parte de la concurrencia aplaudía la obra estrenada, otra parte se dividía discutiendo acaloradamente la tendencia que el sainete condenaba. En tanto resonaban por todas las galerías del teatro estentóneos vivas á Echegaray y otros dramaturgos.

Después, siempre que alguna nueva obra de Vega se ponía en escena, la prensa dictaba acerca de ella los fallos más contradictorios, según las ideas que en política profesaban los periódicos. Afortunadamente, hoy se han desvanecido por completo esas diferencias, y aunque Vega siempre que tiene ocasión hace alarde de sus convicciones reaccionarias, lo cierto es que ya las gentes que acuden á los estrenos de sus obras no llevan prejuicio alguno respecto al autor.

Esto viene á demostrar una vez más que no tiene razón de ser la leyenda que propalan los faltos de sentido, y que el verdadero mérito, más tarde ó más temprano, halla siempre justa recompensa, pues ya nadie cree en los «genios postergados.»

El autor de *Pepa la frescachona ó el colegial desenvuelto*, *Los baños del Manzanares*, *La canción de la Lola*, y últimamente de *La Verbena de la Paloma* está hoy reconocido como el más original y fecundo cultivador del sainete.

No se ajusta, como Luceño, á las reglas clásicas que en sus obras presenta D. Ramón de la Cruz, y si bien esto puede ser un defecto porque la verdad resulta muchas veces falseada, lo cierto es que da más amenidad á las obras que produce.

Ricardo de la Vega es el hombre más distraído y olvidadizo que existe.

En una reunión donde se hallaba con Vital y Ramos, contaban éstos cuentos y sucesos que Ricardo Vega parecía escuchar con la más profunda atención.

Al llegarle á su vez el turno á Vega para que éste refiriese alguno, el célebre sainetero no se hizo rogar y comenzó á contar un cuento, ¡el mismo que acababa de narrar Luceño!

¡No se había enterado de nada de lo que se estaba hablando!

Aún hoy se recuerda á menudo alguna de las improvisaciones, como la que dirigió al eminente Mar-

organización de la nueva temporada de ópera con la siguiente quintilla:

Presto vendrán Nicolini
e la signorina Patti.
¡Bene ha fatto Rovirini!
Perche esto está fulastrini
e tutti il mondo escamatti.

A Eusebio Blasco, que en el *Día de Moda*, al hacer la biografía de Virginia Marini, dijo que la celebrada artista era viuda, Vega le inventó una broma que pudo tener consecuencias desagradables.

Escribió á Blasco diciéndole que, fiado en que, como había leído, la Marini era viuda, animó á un amigo para que la hiciera el amor; pero el marido de la actriz había parecido de repente y juraba acabar con el que pusiera en duda su existencia. Vega aseguraba á Blasco que le había escrito aquel señor una carta que le remitió, y que como verán mis lectores es un verdadero *tour de force*.

He aquí la misiva:

«Cavaliere Vega: Un miserabile stúpido di questi que si pásano la vitta pasegando por la carriera de San Girólamo é si vanno tutte la notte á gli vastidori de i teatri á zarrandare á le atrice col la piu brutta intenzione, m' a fatto una ofensa que e gia lavata col sangüe del seduttore.

»L' infame á tratatto d' ingannare á la mia moglie, Virginia Marini, dicendo qui voleba maritarse con ley, perche voi, cavaliere Vega, li avebai detto que ella era viudda.

»¡Questo e una orribile colonia!

»Yo vivo ancora, e mi sento bene di salute, e con bastante forzze per rompere due costelle á qualunque que si atraviezza nel mio camino.

»Il disgrazziatto seduttore resta ja nel letto con cinque scalabradure nella testa qu' io l' o suministrato col mio propio bastone, e non li resterano gane de volvere á le andate.

»Ora, siete voi la persona qui debe soffire la medesima sorte del vostro insolente amico... ¡Venite dunque!

»Si voi siete un huomo di coragio, io vi atendo nel vestuario di questo teatro, dove sapro probarbi que la signora Virginia Marini NON E VIUDDA.

»A rivedeci, cavaliere Vega. Il cavaliere
»GOVANNE BATTISTA MARINI.»

Y terminaba Vega recomendando á Blasco mucha prudencia, porque el esposo ofendido, que pasaba fácilmente del furor á los transportes cariñosos, al deshacerse el error, temía Vega que

«ó te rompe la testa á bastonazos
ó te llena de besos y de abrazos.»

Hizo también el gran sainetero un retrato completo de Eusebio Blasco en una docena de versos, modelo de facilidad é improvisación.

Blasco ha nacido, según lo que me han dicho después, en Aragón, sin ningún incidente de interés. Es decir, que Blasco es un aragonés.

Sin ser de complexión ética ni de robustez atlética, en una edad casi histórica sabía ya más estética que el profesor de retórica y poética.



RICARDO DE LA VEGA (de fotografía de Audouard)

cos Zapata cuando estrenó la famosa obra titulada *La capilla de Lanuza*.

Decíale Vega:

Eres un vate español
de los de primera nota.
Tu ingenio que no se agota
brilla como el mismo sol.
No eres Zapata: ¡eres bota
de charol!

Otra vez, hablando con un literato, cazador empedernido, decía Vega que *cazadero* como el teatro no se conocía.

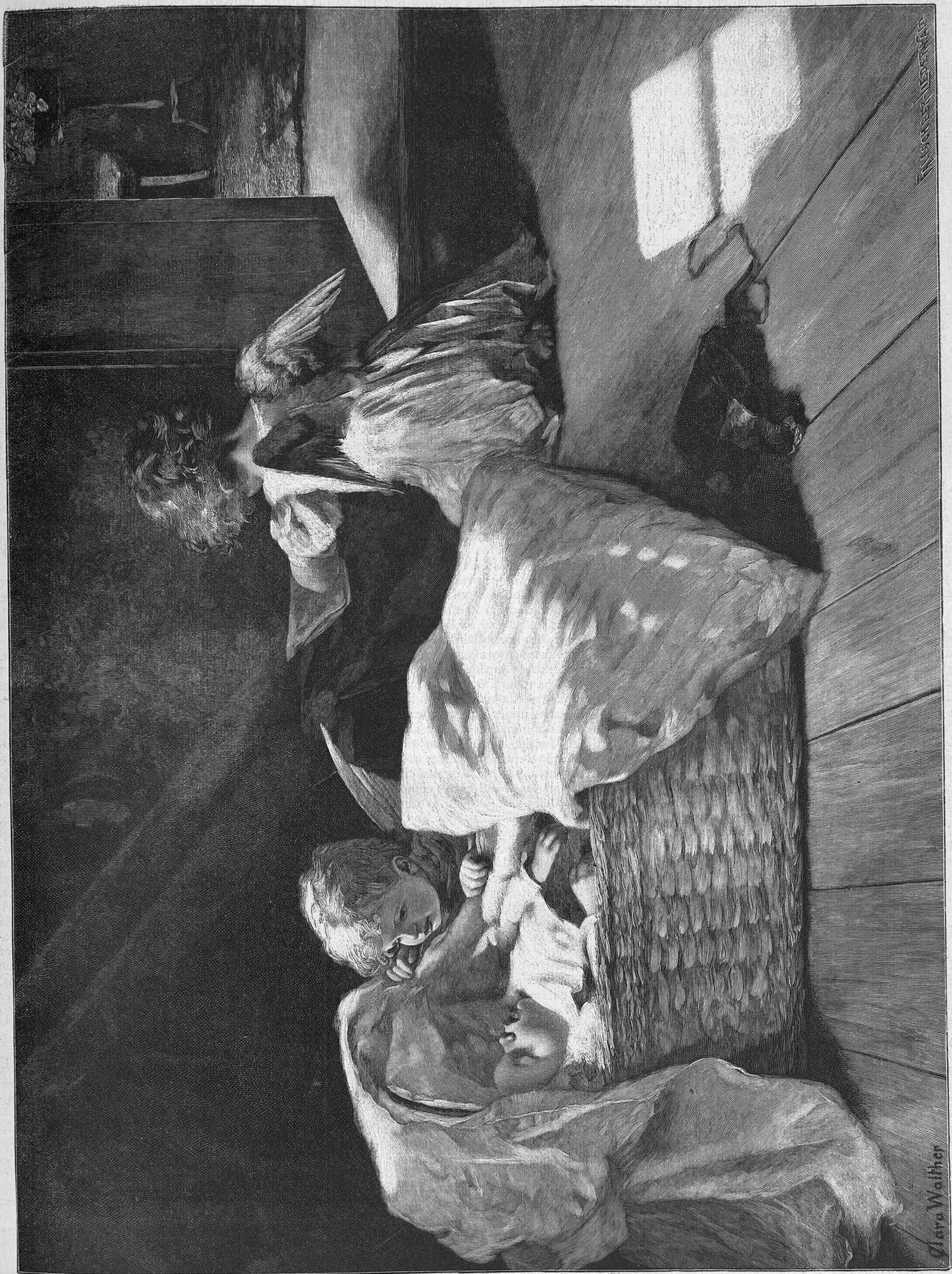
— ¿Por qué?, le preguntaron.

— Porque allí el ojeador, ó sea el autor, presenta la *pieza* y el público la mata si no le gusta.

Y cuando los abonados del Real se resistían á hacer el juego al empresario Sr. Rovira, y armaban aquellos escándalos de que tanto se habló, porque la empresa trajo al regio coliseo la compañía más detestable que jamás se ha visto, Vega anunció la re-



EL PERRO QUE LLEVABA LA COMIDA A SU AMO (fábula de Lafontaine), cuadro de E. Borchard. (Véase la fábula en «Nuestros grabados.»)



LA VISITA DE LOS ÁNGELES, cuadro de Clara Walther (de fotografía de Franz Hanfstaengl, Munich)

Sería cosa de no acabar nunca si relatara todos los *donaires* literarios de este genial escritor.

Para todos ha tenido una frase, un chiste, algo que demostraba siempre el aprecio del compañero y ponía de manifiesto que su ingenio no se agotaba nunca. Al mismo tiempo, su manera de escribir, salvando siempre las dificultades de la rima, su cultura y profundos conocimientos literarios, le han conquistado envidiable reputación.

No dejó pasar un acontecimiento teatral sin dedicar un recuerdo al autor y a la obra.

A Ceferino Palencia, cuando estrenó *El guardián de la casa*, le sorprendió aquella misma noche la enhorabuena personal é improvisada de Ricardo de la Vega que le dijo:

Ceferino Palencia,
joven simpático,
discípulo de Hipócrates,
autor dramático:
tu *Guardián de la casa*
me gusta mucho...
¡No sabes lo que tienes
con ese *chuchol*!

Y lo que puso de relieve sus profundos estudios y conocimientos indudables fué la famosa *Defensa del sainete* de los ataques que le dirigió el célebre novelista Armando Palacio Valdés, defensa que comenzaba Vega diciendo respetuosamente:

Señor Don Armando Palacio Valdés:
os pido dispensa, Señor Don Armando,
si en pro del sainete, la pluma tomando,
preferílo al género bufo francés.
Aparte dejando mezquino interés,
yo admiro en la chula la antigua manola:
¿deshonro por esto la escena española,
Señor Don Armando Palacio Valdés?

Esta ha sido una de las composiciones más celebradas por los amigos y adversarios del distinguido sainero.

En su casa Ricardo de la Vega no está nunca para nadie.

Son ya tantos los «caballeros» que acuden á leerle sainetes y zarzuelas para que los recomiende que, al fin, tiene que cerrarse á la banda y negarse á todos.

Es además un lector deliciosísimo.

Sus amigos le solicitan siempre que tienen que leer alguna obra á las empresas. Es cosa sabida que obra que lee Ricardo Vega entusiasma á los que la escuchan; de tal manera sabe dar intención y fuerza cómica á las frases más inocentes, que dichas por él producen el efecto más asombroso.

En la actualidad ocúpase en terminar un sainete titulado *Juzgado Municipal. Se hierran bueyes en frío*, que con música de Bretón y Nieto se pondrá en escena durante la temporada próxima en el teatro de la Zarzuela.

Y véase si el género chico da pingües ganancias.

La Verbena de la Paloma ha producido á sus autores, hasta la fecha, más de medio millón de reales.
¡A esto se le llama género chico!..

JOSÉ JUAN CADENAS

RETRATO DE PRIM (1)

Era aquella época de inusitada animación política, periodística, literaria y social que va comprendida entre el memorable año de sesenta y seis y el célebre año de sesenta y ocho, ó lo que es lo mismo, lo que pudiéramos llamar la España revolucionaria, la caída de los Borbones, el cambio completo de aspecto y de manera de ser de la sociedad española. Hasta entonces se había vivido una vida agitada, de guerras civiles, de gestaciones de partidos, de pronunciamientos y de crisis más ó menos graves, pero en cierto modo normal, porque dado que para nosotros los españoles el estado normal es la agitación constante y el vivir siempre mal avenidos, hasta la época en que hoy entramos no había habido realmente nada de extraordinario en el país. Desde el año de 66 pudo decirse que la tormenta se venía encima, y aquella *gorda* de que hablábamos en la primera conferencia, apareció ya hecha y derecha y vino y se apoderó del presente y del porvenir y á ella contribuimos todos.

Terminado el cólera, cantado el *tedéum* en toda la nación, recobró Madrid su vida alegre y bulliosa, y empezó el mes de enero de 1866 con la primera sublevación de Prim el 3 de enero. Prim fué ya la bandera de la revolución, el héroe popular, y como él lo llenaba todo, voy á tratar de hacer un

boceto de su persona, porque le conocí mucho y le vi muy de cerca durante dos años.

Era, pues, un hombre de talla regular, muy pálido, la color amarilla tirando á verdosa por ser su temperamento bilioso sobre toda ponderación; en la piel de la cara muchas espinillas ó puntos negros; los ojos de mirada tan penetrante que parecía querer magnetizar cuando hablaba: ojos inquisidores que se clavaban, como decirse suele, en aquel á quien se dirigía. La barba escasa y áspera, bien que recortada, el pelo con raya, peinado con un mechón hacia la izquierda. Nadie le reprodujo mejor que el pintor Regnault en aquel célebre retrato en que Prim á caballo y sin sombrero, á la cabeza de los catalanes, parece el genio de la guerra y es el héroe legendario de las grandes luchas españolas, con tal expresión de furor bélico rayano en fanatismo, que no hay palabras con que elogiar obra pictórica tan grande. A Prim no le gustó, porque era vanidoso de su persona y tenía cierto empeño en aparecer con maneras aristocráticas. Se vió en el lienzo un poco desgreñado, fantástico, grande en la expresión de soldado español, y su vera efigie le resultó desagradable; el pintor, justamente resentido, se llevó su cuadro, lo expuso en París, produjo un movimiento general de admiración y el Estado francés compró la obra, que desde entonces figura como una de las mejores modernas en el Museo Nacional del Louvre. Obra inmortal, como el personaje que representa. Quien quiera saber cómo era Prim en los grandes momentos de su vida, vea aquel retrato. Su gallarda actitud en la campaña de Méjico, la fama que ya tenía desde la guerra de Africa, sus diferencias con la corte de España y con la reina que había sacado á sus hijos de pila, su reputación europea de soldado valeroso y su ingreso en el partido revolucionario, hicieron de Prim, como antes dije, la bandera de la revolución. Él la representaba, la guiaba, la urdía. Olózaga dirigía la conspiración en Madrid y Prim se encargaba de los hechos, comenzando en enero del 66 la serie de los movimientos armados. El primero le fracasó y tuvo que pasar huyendo á Portugal. Ya no volvió hasta que entró triunfante; pero fué el Mesías que el pueblo esperaba, y al fin vino.

En su trato particular era hombre de finos modales, algo rebuscados, porque su debilidad única era la de aparecer gran señor robándose á sí mismo popularidad. Repetía en la conversación palabras francesas; era aristócrata en la vida interior, su mesa era fastuosa, le gustaba tener á comer mucha gente, pretendía de *gourmet*, podía vivir en grande porque era rico, y aquella santa mujer suya, una verdadera gran señora, hacía los honores de la casa con la mayor distinción. En Madrid, como en las emigraciones, vivía Prim rodeado de una verdadera corte de generales, coroneles, comandantes, adeptos civiles que le seguían á todas partes y le adoraban como á un Dios, periodistas-españoles y extranjeros, extranjeros sobre todo, porque siempre se ocupó mucho de la prensa de Europa y la prensa europea de él, y cuando llegó al poder tenía á su devoción los periódicos más importantes de París y de Londres.

Habiendo sido su educación incompleta y puramente militar y práctica, si de joven no tuvo tiempo de estudiar, cuando emigró se lo aprendió todo. Pudo decir que se hizo él solo hombre de Estado, y con un instinto natural de las cosas verdaderamente extraordinario, lo que no sabía lo adivinaba; no era instruído y se instruyó; no era orador y se hizo orador; no había gobernado nunca y cuando gobernó como jefe de la nación asombró por la grandiosidad de sus dotes. Lo veía todo grande, despreciaba el dinero, lo tiraba en derredor suyo, se desvivía por los amigos, dominaba á las masas. Cuando entró en España vencedor, millones de almas le pidieron en Barcelona, en Madrid, en cuantas poblaciones pisó, que se arrancara la corona real que llevaba en la gorra de uniforme. Como no había prometido la República, entró en Madrid con la corona aquella en la cabeza á pesar de los millones de voces, y mientras buscaba un rey, fué rey él mismo.

El hablar era reposado; el acento catalán, aunque se esforzaba en dominarlo; pero nadie pierde nunca el acento de su tierra, y en los momentos de animación resultaba más de Reus que nunca. Sus dotes de mando eran nativas; vino al mundo para mandar y no hizo más que eso. A los hombres civiles de la revolución se les impuso como jefe, y sin saber ni la décima parte que ellos les dirigió y les mandó y todos se dejaron mandar por él reconociéndole como persona superior. Su popularidad fué inmensa. Encarnó una idea, creó una sociedad nueva, derrumbó todo lo que era secular; el pueblo le adoraba, y de ser el director del partido progresista pasó á ser el director de una nación. Derribió una dinastía, supo contener la avalancha republicana; inventó una can-

didatura alemana con gran talento, porque sabía que con la sola indicación produciría un conflicto europeo, y él solo, desde su gabinete del Ministerio de la Guerra, provocó la guerra franco-prusiana. En su época de emigrado quiso tratar con Luis Napoleón del porvenir de España. El emperador le hizo esperar dos horas, le recibió fríamente y no le hizo caso. Y al bajar la escalera dijo Prim: «Este se acordará de mí.» Prim fué la causa de la guerra que trajo la catástrofe de Sedán y el fin del Imperio. Después organizó la España á su gusto, evitó la guerra civil aniquilando en su principio al enemigo carlista, buscó un rey en Italia, y la víspera de verlo entrar en Madrid, en traidora emboscada perdió la vida. Llegó ya casi muerto al ministerio de la Guerra, saltó del coche, se negó á que nadie le ayudase á subir la escalera, y erguido y con el mismo aspecto fantástico de héroe español que tiene en el cuadro aquel famoso, subió lentamente, altivo y valeroso, dejando tras de sí un largo reguero de sangre, y murió allí en el Palacio de la Guerra, dejando memoria eterna en España y en el mundo, porque fué toda una época, toda una sociedad, y de humilde soldado llegó á la mayor altura poniendo muy alto el nombre de la España moderna. La generación actual no le conoce sino por la Historia. Los que le vimos de cerca podemos contar que fué el hombre de su tiempo y que á él deben los que nos han sucedido la implantación de las grandes reformas y libertades que nos pusieron á nivel con los pueblos modernos.

EUSEBIO BLASCO

FLORES DE INVIERNO

Lentamente subían la cuesta los tres amigos. Vicente, el pintor, pensaba en sus cuadros, y con la mirada pedía á cada momento á la Naturaleza colores nuevos, figuras originales, sensaciones inspiradoras. Julio, el poeta, soñaba con sus obras futuras en que había de encarnar todo su amor á la tierra nativa, todo el lujo de bellezas vistas sólo por él en medio de la prosa diaria de la vida rural. El tercero, Andrés, no era nada: ni pintor, ni poeta, ni músico; pero era más que todos para sentir la belleza abrumadora de aquella mañana de enero, caliente como las de mayo, deslumbradora de luz triunfante en un cielo azul que se hundía en profundidades misteriosas, donde los ojos perdíanse atraídos por la grandiosidad de la masa. Era Andrés un enfermo, un sentenciado á cercana muerte que todos los días avanzaba hacia él un paso, avisándole con golpes de tos que removían las entrañas del pobre tísico. Su último refugio, el campo, aquel campo de Levante, sequerón, blanquillo - tan diferente de sus prados del Norte, siempre verdes y frescos, donde se había deslizado toda su niñez entre la blandura de los pastos en que se revolcaba y la sombra de los castaños vetustos, llenos de erizos, - le iba defendiendo, defendiendo, como una muralla de edredones que lo aislaba del invierno de afuera y le daba calor suavísimo, reconfortante. Cada día de sol era para él un cántico á la vida, más hermoso que todos los planes de Julio el poeta, que todos los bocetos de Vicente el pintor. Por eso caminaba, radiante el rostro, la mirada risueña, por aquella hondonada del camino, ahogada entre dos paredones de caliza blancos y rojos, abrasados por el sol, padre de la vida; y en su interior iba componiendo Andrés el más glorioso poema que jamás se inventara, el poema de la salud, de la fuerza, del retorno á la alegría, esa alegría indefinible del ser que se siente otra vez activo en medio del mundo que le solicita á desplegar energías.

Absorbidos los tres en sus respectivas preocupaciones, apenas hablaron. Un deseo común les unía, sin embargo: llegar arriba, á lo alto de la cuesta, para contemplar la inmensa llanura en que la ciudad vecina, próxima al mar, rodeada de un bosque de almendros y naranjos, en un ambiente á la vez de azañar y de sales marinas, elevaba su blanco caserío. Andrés afanaba el paso sin miedo á la fatiga de los pulmones, apoyándose fuertemente en el bastón que á trechos se hundía en los montones de polvo de la carretera; y los otros enfrenaban sus ímpetus para no dejarse atrás al pobre enfermo, para hacerle creer que corría como ellos, como los sanos.

Y cuando llegaron al fin y se detuvieron al comienzo de la vertiente opuesta, un grito de admiración escapó de sus bocas.

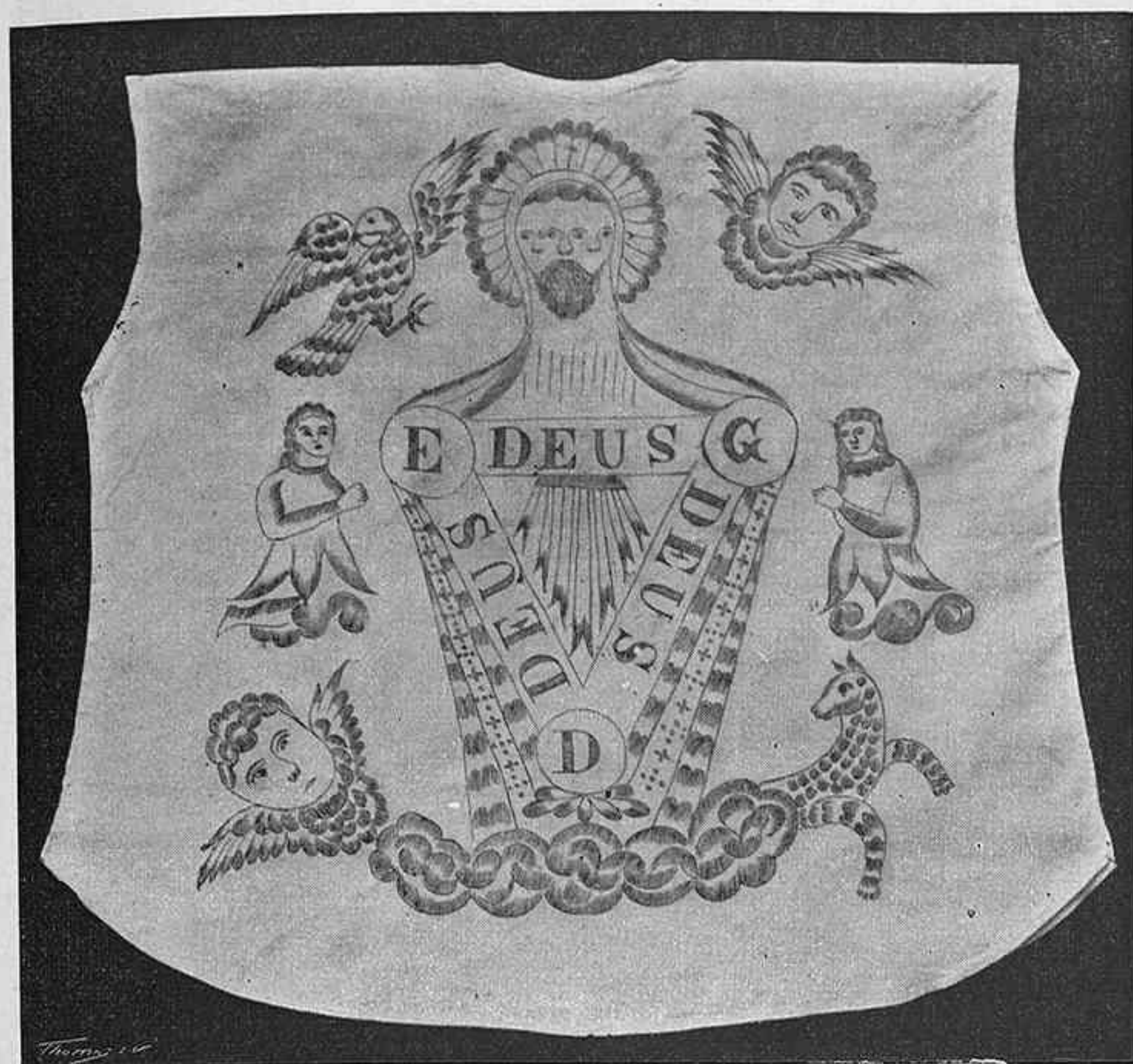
La llanura, amplia, uniforme, rodeada por Norte y Este de montañas altísimas, ceñida al Sur por el mar en que centelleaba la luz del sol, parecía un inmenso campo de nieve. Todos los almendros, desbordados en floración prematura, abrían al calor de aquella primavera invernal las fuentes de su nueva vida, los botones rosados y blancos por donde esta-

(1) De las *Memorias* que publicará en breve D. Eusebio Blasco.

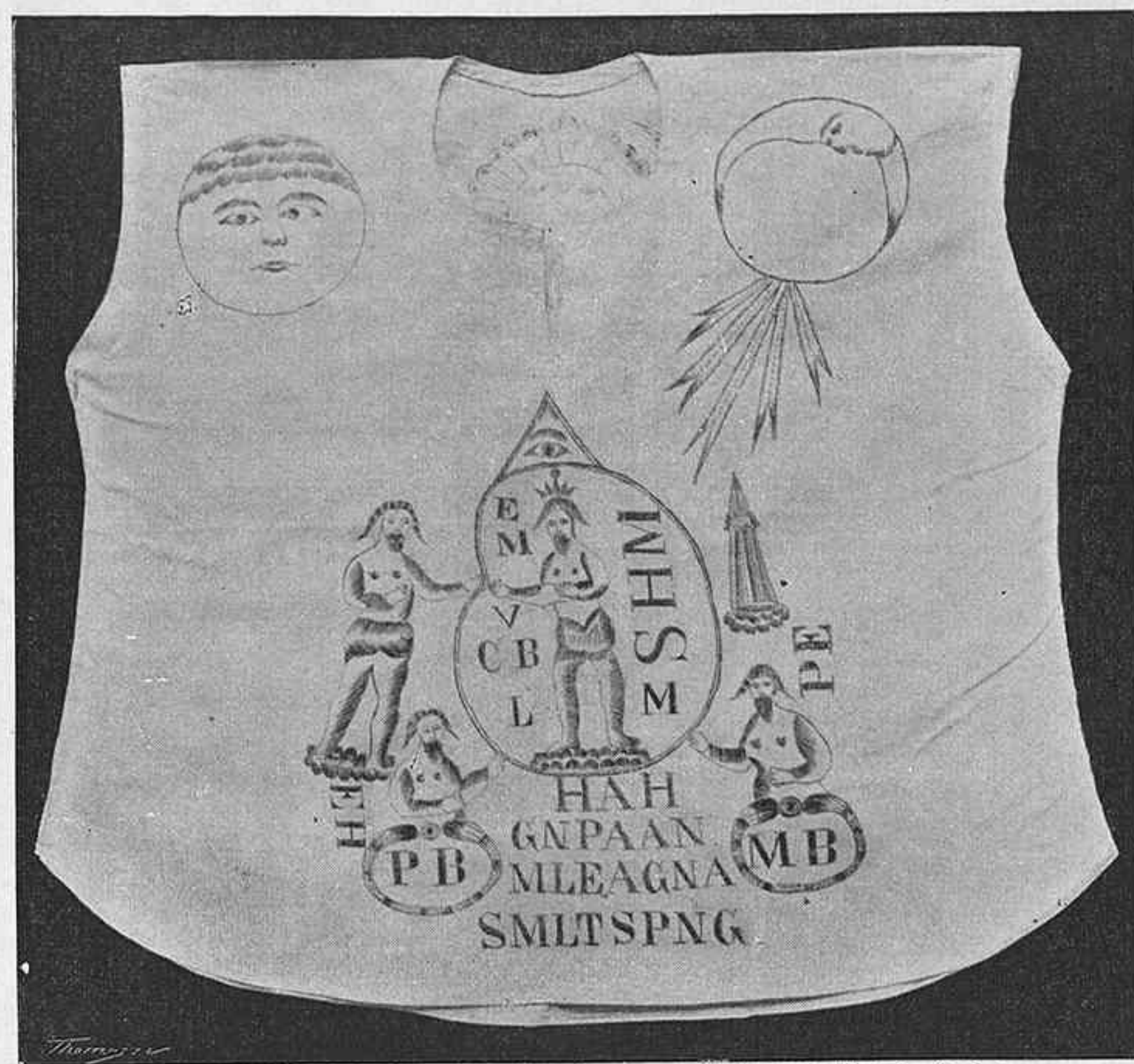
lla la olorosa savia, precursores del fruto dulce y suave. Y sobre la gran masa de arbolado que cubre la llanura toda, extendíase hasta perderse de vista el manto niveo de las flores, destacándose fuertemente del suelo gris, rojizo, de las hojas nuevas, verdes y frescas, y de los sembrados que á trechos asomaban

brazo y cogió una flor, cuyos pétalos, frágiles y temblorosos, exhalaban un dulce perfume de rosa. Triunfalmente la puso en el ojal de la chaqueta; y al empujarla por el tallo corto y grueso, se deshojó, como si huyese del contacto del hombre. A la vez, Julio, llenas las manos de flores, exclamó hablánd-

dional en el frío de un crepúsculo del Norte, y cual si la vida, que antes sentía henchirle el pecho, se le escapase á borbotones por todos los poros. Adivinábase que para el desgraciado Andrés habían dejado de existir de pronto el cielo azul, el sol esplendoroso, el mar recamado de oro y plata: fundíase todo en



Propiedad de M. Arias Rodríguez



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. — DELANTERO Y ESPALDA DE UNA CAMISETA CONVERTIDA EN «ANTING-ANTING» (AMULETO) USADA POR ALGUNOS INSURRECTOS DURANTE LA CAMPAÑA COMO PRESERVATIVO CONTRA LOS PROYECTILES (de fotografía de M. Arias Rodríguez). (Véase la descripción en la página 186)

su aterciopelada alfombra por entre los negruzcos troncos. Y bajo aquel cielo azul, al resplandor de aquel sol ardoroso, emanaba de la llanura tal explosión de vida soberbia y arrogante, que los tres jóvenes sintieron como si la sangre les hirviese y se despertaron en ellos fuerzas nuevas, de poder desconocido. Los almendros llegaban casi hasta la orilla del mar, y su espléndida blancura parecía desde lo alto unirse con el prusia intenso de las aguas, formando como una bandera inmensa bicolor, extendida sobre el mundo y en la cual el centelleo del sol ponía bordados de oro brillantísimos.

Con nuevos gritos de placer, de admiración entusiasta, bajaron por la vertiente los tres amigos. Al llegar al primer grupo de almendros, Andrés alzó el

les con esa fantasía del poeta que lo personifica todo:

— ¡Pobrecillas, hermosuras de un día, frágiles hijas de los amores casuales del sol y la tierra! ¡Pena me dais: os creéis eternas como el amor mismo, sin pensar en la helada traidora que caerá sobre vosotras cualquier noche! ¡Flor del almendro: flor de la imprevisión debieran decirte! ¡Al primer rayo de sol, ya todo enero os parece primavera invariable!

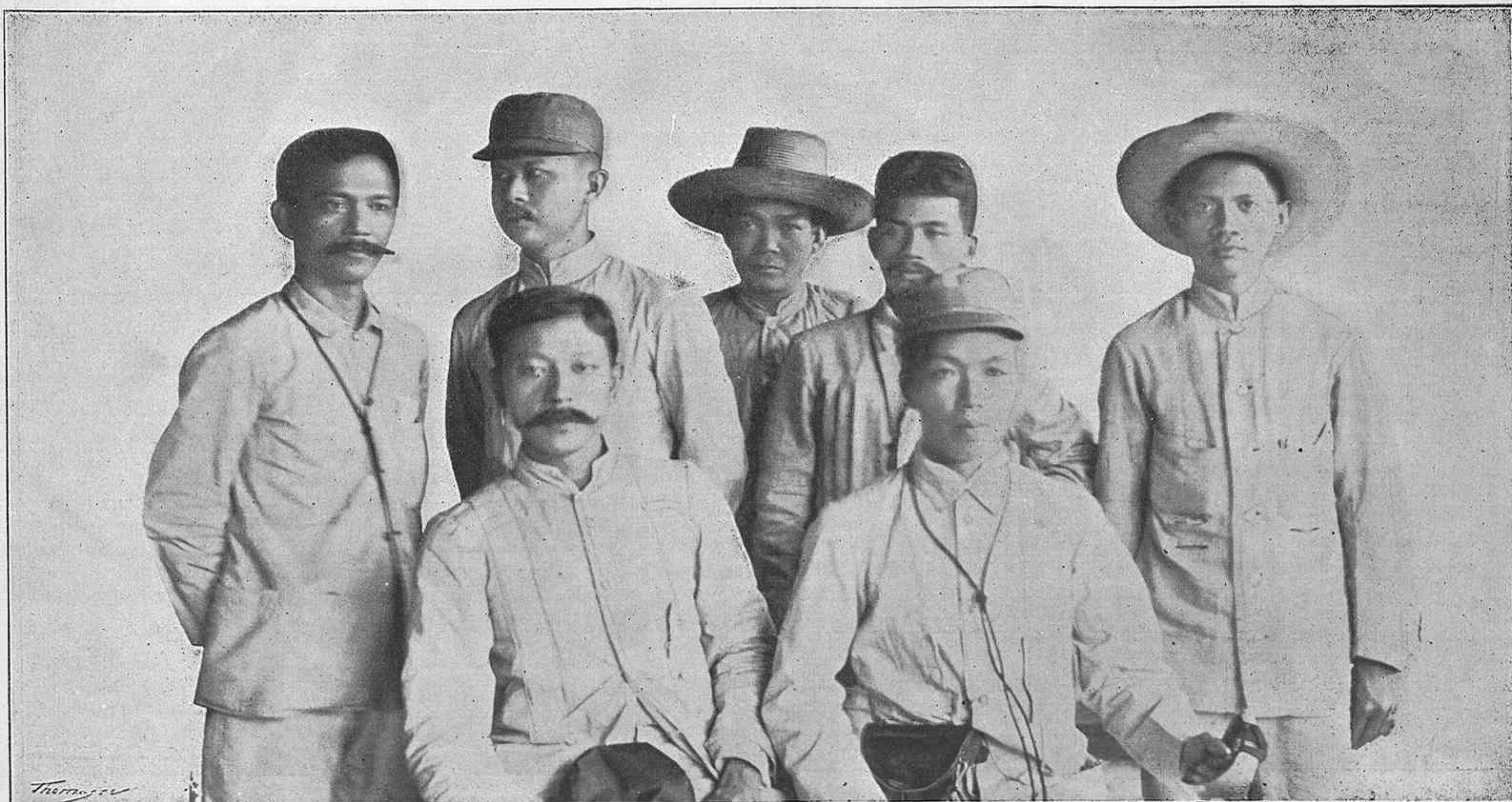
Con un gesto Vicente hizo callar á Julio. Apartado unos pasos, Andrés, que lo escuchaba ansiosamente, con estupor, como quien oye algo nuevo, inesperado, mostraba un cambio brusco en su semblante. Su mirada, antes alegre, habíase hecho triste, errabunda, y encogía el cuerpo como si de repente se hubiera trocado el calor de aquella mañana meri-

el gris tristán de sus renovadas visiones de muerte.

— Vaya, vaya, dijo Julio cogiendo de un brazo al amigo, sigamos un poco bajo este toldo de flores, gozando de su aroma...

Andrés se dejó arrastrar; pero á sus ojos ya no brillaba el campo con los colores triunfales de la primavera inesperada, ni su piel sentía el calor que invadía la llanura como un vaho de regeneración. La idea de lo contingente de aquel alarde le dominaba: y en su imaginación veía ya volar deshojadas, en blanco torbellino á impulso del viento helado de la sierra, las flores del almendro, y que la muerte volvía á llamarle con golpes de tos redoblados, impacientes...

RAFAEL ALTAMIRA



Propiedad de M. Arias Rodríguez (de Manila)

D. Isabelo Artacho

D. Baldomero Aguinaldo
Excmo. Sr. D. Pedro Paterno

D. Severino de las Alas

D. Antonio Montenegro
D. Emilio Aguinaldo

D. Vito Belarmino

LA PAZ EN FILIPINAS. — EL NEGOCIADOR DE LA PAZ Y LOS PRINCIPALES CABECILLAS INSURRECTOS (de fotografía de M. Arias Rodríguez, tomada en Biac-na-bató)



— La vida será para nosotros una luna de miel eterna: sí, corazoncito mio, nada en el mundo podrá entibiar nuestro amor, y los años, que destruirán nuestros cuerpos, serán impotentes para debilitar el cariño que une nuestras almas.

LUNA DE MIEL, dibujo de Huertas



— Han pasado cincuenta años, viejecita mía; el tiempo ha blanqueado nuestras cabezas, arrugado nuestros rostros y encorvado nuestros cuerpos, pero no ha logrado apagar la llama que desde hace medio siglo presta dulce calor a nuestros corazones.

BODAS DE ORO, dibujo de Huertas



Las bodas de Canaan, cuadro de Antonio Estruch.—Forma parte el Sr. Estruch del grupo de artistas españoles que allí en la Ciudad Eterna honran por medio de sus producciones al país en que nacieron, representando un conjunto de justificadas esperanzas para el arte patrio. Reducido es el número, pero indiscutibles las cualidades que todos atesoran. Muestra evidente nos la ofrece el hermosísimo lienzo que reproducimos *Las bodas de Canaan*, en el que el joven pintor Sr. Estruch revélase en toda la pujanza de su temperamento artístico y con todo el esfuerzo de su genialidad. La composición á que nos referimos, tan bien sentida como valientemente ejecutada, recomiéndase por su simplicidad. Parece como si el pintor hubiese tratado de alcanzar la máxima expresión de su pensamiento sin recurrir á efectismos ni rebuscamientos, logrando desarrollar con singular acierto la escena en que tuvo lugar la portentosa transformación del agua en vino y en toda su grandeza la hermosa figura de Jesús. Este lienzo es digno compañero de otros de análogo asunto, y todos decoran uno de los salones de la vivienda del inteligente aficionado Sr. Ponsá, de Sabadell, á quien cabe la gloria de haber alentado al pintor Antonio Estruch para que recorriera animoso la senda que sus aptitudes le marcaban.

**

La celebrada actriz italiana Tina di Lorenzo.—Los principales periódicos de Europa se han ocupado recientemente de un desdichado suceso, en el cual hubo de ser involuntariamente protagonista la famosa actriz, émula de Leonor Duse. Hallábase Tina di Lorenzo dando con éxito extraordinario una serie de representaciones en Budapest, cuando un ex diputado, Dionisio Pazmandy, publicó en un diario hún-



TINA DI LORENZO, celebrada actriz italiana

garo un artículo calumnioso afirmando que aquélla había sido hasta hace poco odaliska en el harén del sultán de Turquía. Esta villana cuanto falsa afirmación produjo tal efecto en Tina di Lorenzo, que cayó enferma y quiso rescindir su contrata; en tanto que un primo suyo, Armando Falconi, exigía por las armas satisfacción al calumniador. Cinco individuos de la colonia italiana de aquella capital redactaron y publicaron una declaración insultando á Pazmandy y tres individuos de la alta aristocracia de Budapest presentaron en el Club Nacional una proposición pidiendo fuese aquél borrado de la lista de socios. Después del lance con Falconi, que no tuvo consecuencias desagradables para ninguno de los contendientes, Pazmandy entregó á su adversario un escrito dirigido á la calumniada actriz pidiéndole perdón por la ofensa que le había inferido. Aquella misma noche reapareció en la escena Tina di Lorenzo; el teatro estaba brillantísimo y todo el mundo vestía de etiqueta: al presentarse la actriz hízosele una ovación indescriptible y se le ofrecieron innumerables y valiosísimos regalos. La satisfacción, pues, fué completa y los aplausos y aclamaciones que escuchó durante toda la noche debieron compensar á la artista de las amarguras que hubo de sentir, siquiera fuese por breves días, la mujer calumniada; amarguras tanto más dolorosas, cuanto que la calumnia atacaba á quien por su talento, por su modestia y por su honradez ha merecido la consideración de todos, así en el mundo del arte como en la vida social.

**

El perro que llevaba la comida á su amo, cuadro de Borchard.—Puesto que de una fábula de La Fontaine se trata, ¿qué mejor explicación para este grabado que reproducir el apólogo del ilustre fabulista francés? Dice así la traducción hecha por D. Teodoro Llorente: «Nadie tiene los ojos exentos de la tentación de la hermosura, ni libres las manos de la del oro: pocos son los que guardan un tesoro con bastante fidelidad. » «Llevaba un perro á casa la comida del amo colgada al cuello. Era sobrio y frugal, más de lo que hubiese querido cuando veía una buena tajada; pero, al fin y al cabo, lo era. ¿No estamos todos sujetos á esas debilidades? ¡Extraña contradicción! La frugalidad que enseñamos á los perros, no la pueden aprender los hombres. » «Quedamos, pues, en que aquel perro era de esa condición.

El caso fué que pasó un mastín y probó á quitarle los manjares. No lo consiguió tan fácilmente como creía: nuestro perro dejó en tierra la presa para defenderla mejor, libre de la carga, y comenzó la batalla. Acudieron otros perros, entre ellos algunos de esos que viven sobre el país y hacen poco caso de los golpes. No podía contra todos el pobre can, y viendo la pitanza en inminente riesgo, quiso obtener su parte, como era de razón. «¡Basta de pelea!, les dijo, no quiero más que mi ración; para vosotros lo demás.» Y así diciendo, hinca el diente, antes que nadie: Y cada cual tira por su parte, á quien mejor: y todos participaron de la merienda.

«Veo en este caso el vivo ejemplo de una ciudad cuya hacienda está á merced de todos. Regidores, síndicos y alcabalers meten la mano hasta el codo. El más listo abre los ojos á los demás y en un periquete quedan limpias las arcas. Si algún escrupuloso quiere defender el público caudal con frívolas razones, le hacen ver que es un solemne bobo. No le cuesta mucho convencerse, y al punto le veis meter la uña como el primero.»

**

Casa montañesa, dibujo de Mariano Pedrero.—A modo de hoja suelta, escogida entre las que guarda la cartera del distinguido artista burgalés Mariano Pedrero, damos á conocer á nuestros lectores el bonito apunte de una casa montañesa, típica construcción de los labriegos de la provincia de Santander, dispuesta para satisfacer todas las necesidades de la agricultura y para ofrecer confortable albergue á los campesinos en la rigurosa estación invernal, cuando la nieve les impide dedicarse á sus rudas faenas.

El dibujo á que nos referimos es una bellísima nota, que confirma las aptitudes artísticas de nuestro estimado amigo y colaborador.

**

La visita de los ángeles, cuadro de Clara Walther.—A pesar de cuanto se dice en contra de los idealistas en materia de arte, es innegable que ciertas composiciones apartadas de la realidad causan en nuestro ánimo una impresión dulcísima, sobre todo si en medio de su idealismo expresan un pensamiento que se ajusta á nuestras creencias ó á las ideas con que la poesía y aun el lenguaje corriente nos han familiarizado. Tal sucede con el cuadro de la celebrada artista alemana Clara Walther: niños y ángeles son dos conceptos que fácilmente admitimos, y así decimos el sueño de un ángel, la muerte de un ángel, cuando del sueño ó de la muerte de un niño se trata, sin que nos choque en lo más mínimo la aplicación á una criatura humana del nombre de un ser celestial. Por esto resulta lógica hasta cierto punto la simpática composición que nos ocupa y que, prescindiendo del aspecto psicológico, contiene bellezas de ejecución que fácilmente apreciarán nuestros lectores.

**

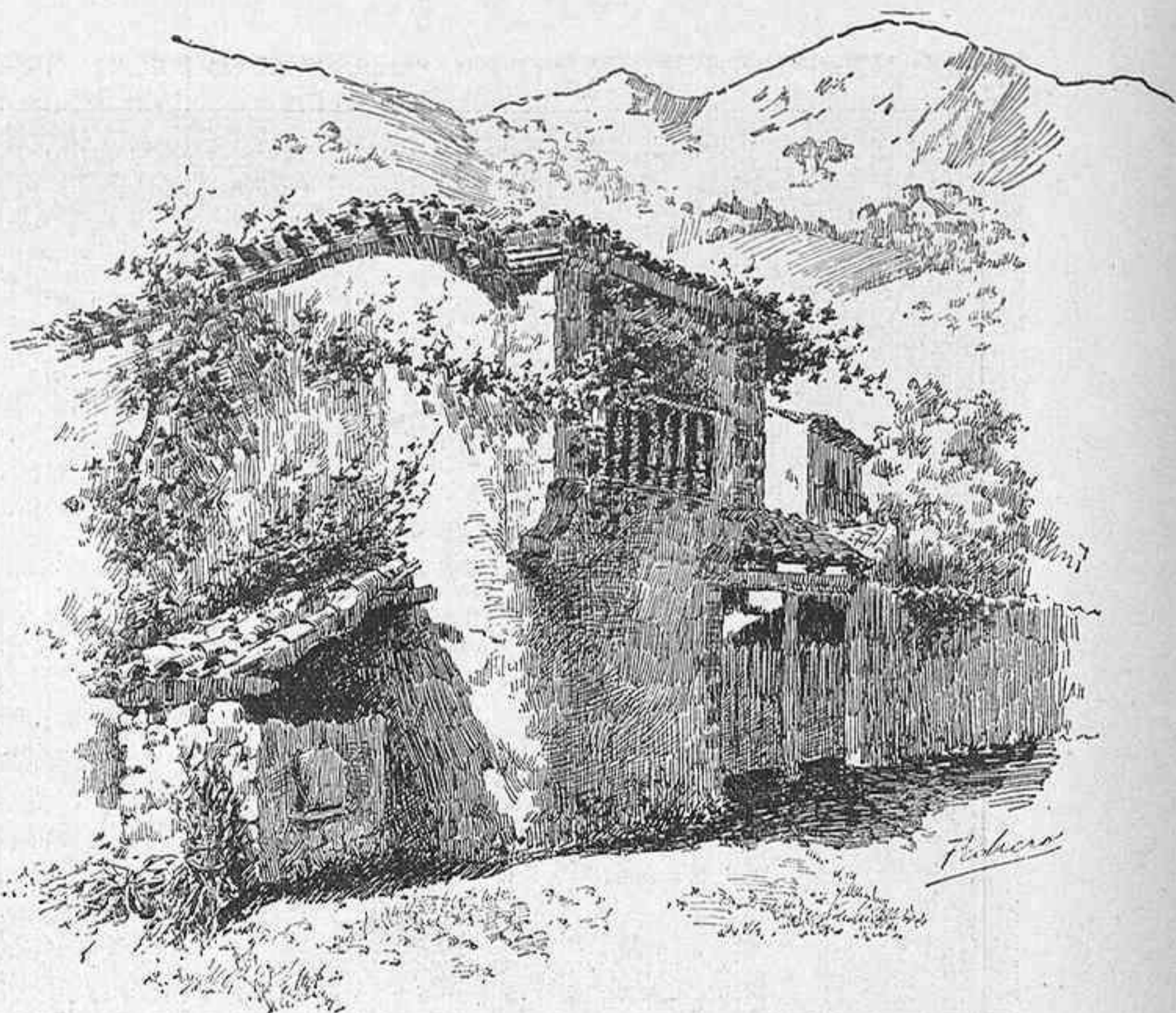
Luna de miel.—Bodas de oro, dibujos de Huertas.—Sentido y delicado es el asunto en que se ha inspirado el distinguido dibujante Sr. Huertas para trazar los dos bellísimos dibujos que en este número reproducimos. Las frases escritas al pie de los mismos explican suficientemente lo que cada uno significa y nos ahorran el trabajo de hacer de ellos más largas descripciones: nos limitaremos, pues, á felicitar al artista por el acierto con que ha sabido interpretar esas dos épocas de la vida matrimonial, entre las cuales adivinamos una larga existencia de dicha y de cariño, sin que la menor nube haya empañado aquel cielo purísimo en que se reflejó la felicidad de dos jóvenes y en el que todavía se refleja, sin solución alguna de continuidad, la ventura de dos ancianos.

**

La nueva universidad de Buenos Aires.—Este monumental edificio, que debe construirse con arreglo á los planos del arquitecto italiano Rolando Levasche, se alzará en la Avenida de Mayo. Según dichos planos, comprende la planta baja, edificada á dos metros de altura sobre el nivel del suelo, y otros dos pisos. En el centro tres puertas sirven para el ingreso principal, pero hay otras entradas: una posterior en la calle Victoria y dos laterales en la de Ceballos y en la plaza Lorea. Las tres entradas de la Avenida de Mayo (en la cual se desarrolla la grandiosa fachada), conducen á un espacioso vestíbulo, en el fondo del cual está la escalinata de doble rampa por la que se sube al primer piso. A la derecha del patio hay dos aulas capaces para trescientos alumnos. En el primer piso, al lado de la escalera, se encuentran dos salas para recibir al público, y ambas comunican con el salón de grados, que mide veinte metros por diez y seis con doce y medio de altura. Este salón ocupa toda la parte central del frente que da á la calle de la Victoria, donde presenta un elegante intercolumnio corintio cerrado con grandes ventanales. La ornamentación de este salón es del estilo del primer imperio. De la parte central del techo surge una linterna con historiadas vidrieras. El pavimento del salón de grados estará construido de un modo particular, de suerte que en los días de solemnidad se le podrá dar con facilidad la debida pendiente para la mayor comodidad de los espectadores, y el resto del tiempo permanecerá horizontal. A uno de los lados del salón habrá una tribuna para los convidados especiales, tribuna que en los días en que no haya actos solemnes podrá desarmarse.

En este primer piso hay otras diez aulas, cada una de las cuales podrá contener de ciento sesenta á trescientos alumnos: casi todas ellas dan al Norte y al Oeste, que es la mejor orientación para la América del Sur.

No podemos descender á dar más minuciosos detalles de este majestuoso edificio, verdaderamente digno de una gran metrópoli: debemos, sin embargo, añadir que tiene una buena biblioteca con dos salas de lectura. Lo coronará una azotea, excepto en la parte central sobre el gran salón de grados, don-



CASA MONTAÑESA, dibujo de Mariano Pedrero

de para darle mayor altura se formará una cúpula cubierta de cristales. El coste de esta universidad, comprendida la ornamentación, llegará á 750.000 pesos nacionales, ó sea á cerca de 1.400.000 pesetas oro.

MISCELANEA

Teatros.—Paris.—Se han estrenado con buen éxito: en los Bouffes du Nord *La Goualeuse*, interesante drama en cinco actos de los Sres. Marot y Alevy; en el Palais Royal *La Culotte*, gracioso vaudeville en tres actos de los Sres. Sylvane y Artus; en el Gymnase *Mariage bourgeois*, bonita comedia en cuatro actos de Alfredo Capus; en el Odeón *Don Juan de Mañara*, hermoso drama en cuatro actos y cinco cuadros en verso de Edmundo Haracourt, basado en la conocida tradición española; y en el Athenée-Comique *La Geisha*, fantasía japonesa en tres actos, arreglada de la obra inglesa de Owen Hlal por C. Clairville y J. Lemaire con música de Sidney Jones.

Madrid.—Se han estrenado con buen éxito: en Lara *La chismosa*, refundición en dos actos de la comedia en tres del mismo título de D. Enrique Gaspar, y *La victoria del general*, gracioso juguete en un acto de D. Rafael Santa Ana; y en la Zarzuela *La buena sombra*, chistoso cuadro de costumbres andaluzas en un acto de los Sres. Alvarez Quintero.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Lluny dels ulls aprop del cor*, interesante comedia en tres actos de D. Modesto Urgell; y en Romea *Morris vivendi*, graciosa comedia en dos actos de D. Alberto Llanas.

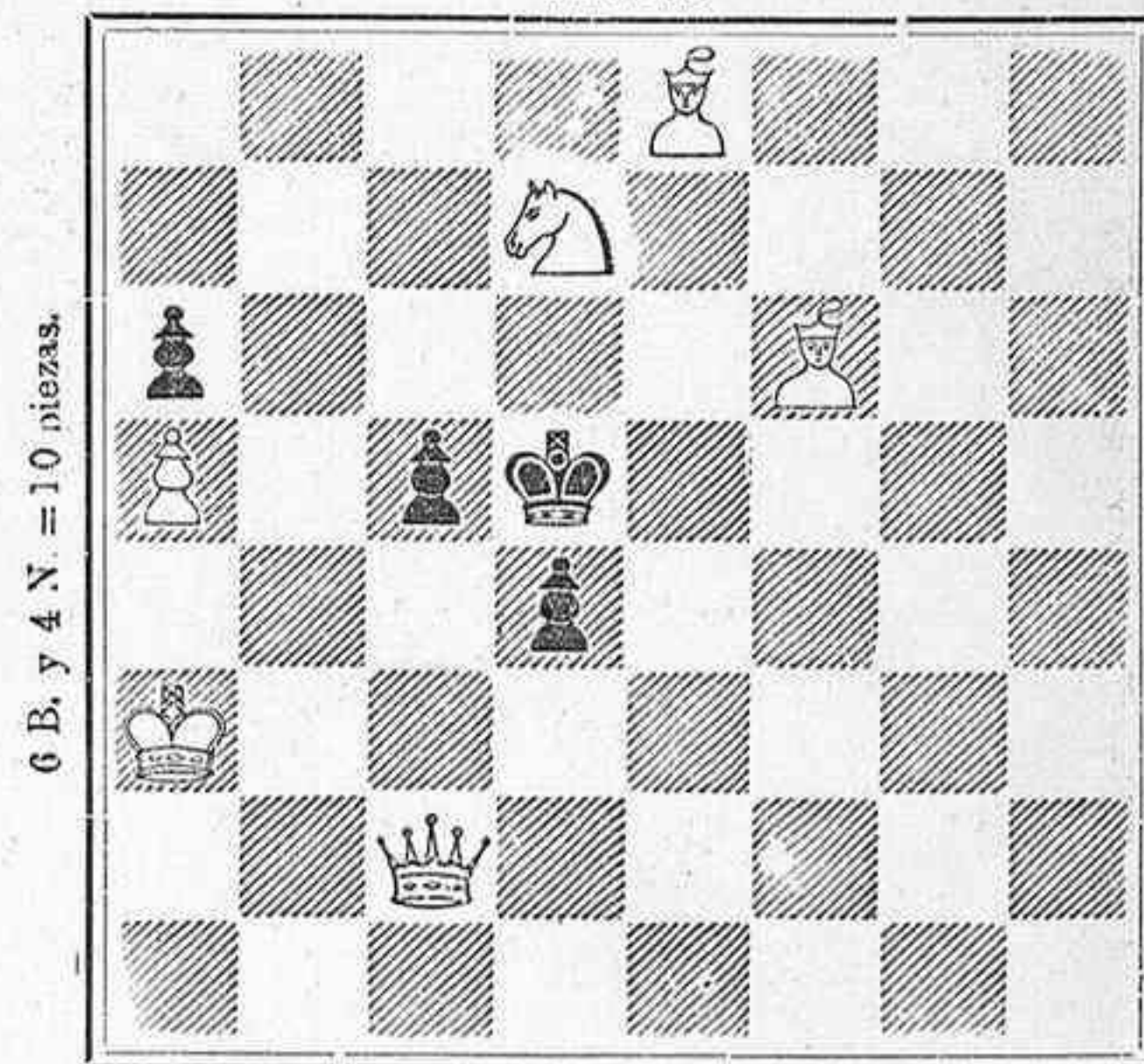
Los tribunales han condenado recientemente al fabricante de un cold-cream que hacía pasar su especialidad por la verdadera **CREMA SIMON**.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 112, POR A. M. DAHL (Noruega)

Mención honorífica del Concurso organizado por la Revista *Ruy López*.

NEGRAS



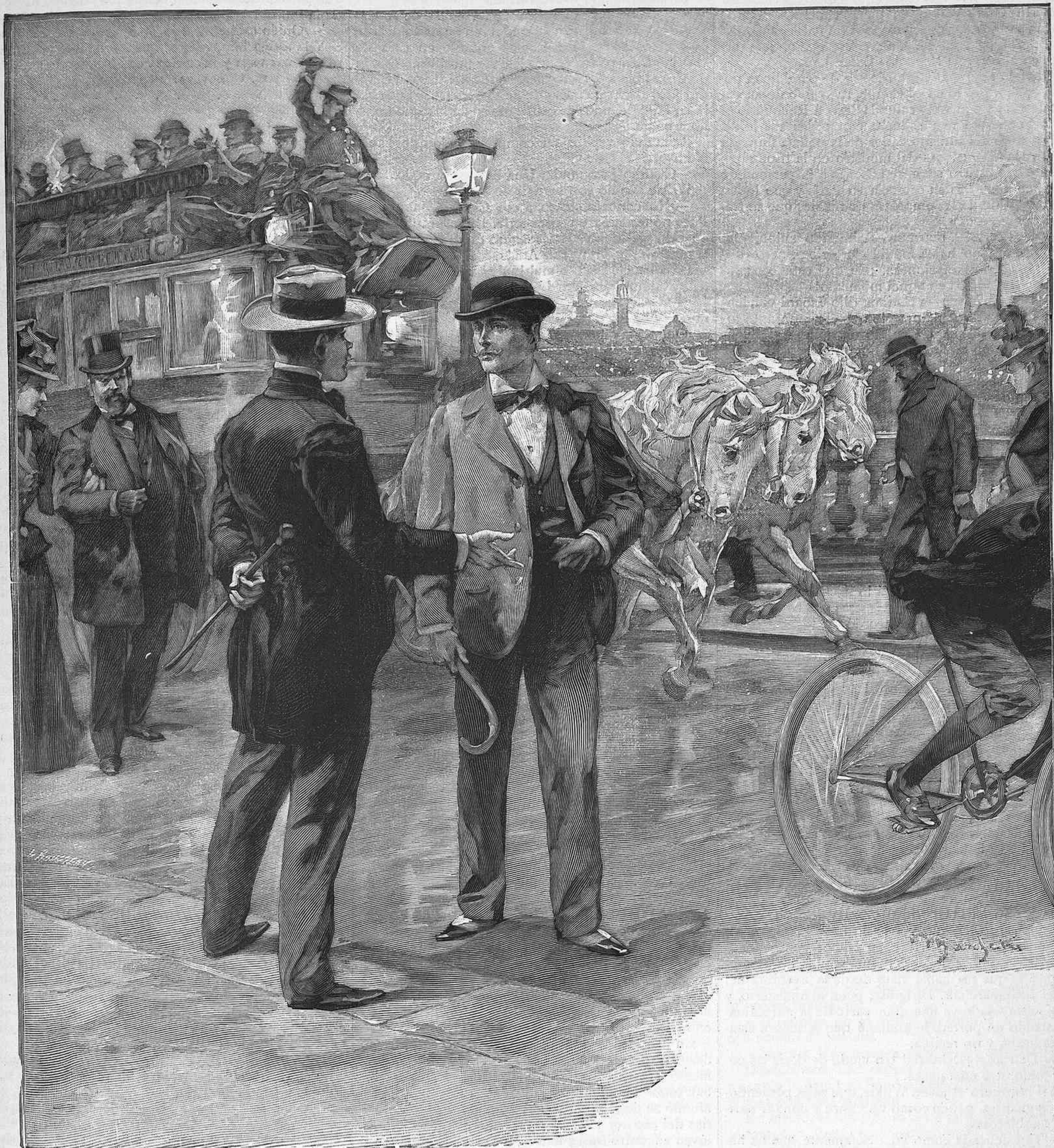
BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 111, POR V. SCHIFFER

- | | |
|-------------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. T 8 R | 1. R 6 A R (*) |
| 2. A 5 D jaque | 2. P 5 R. |
| 3. A toma P mate. | |

(*) Si 1. C 6 A R; 2. D toma P C D jaque, y 3. A mate;— 1. C 5 C R; 2. D 5 A R jaque, y 3. A mate;— 1. C 5 A D; 2. A 5 D jaque, y 3. D mate;— 1. P 7 C R; 2. T toma P jaque, y 3. A 6 D mate. La amenaza es igual á la última variante.



Estaban los dos de pie en el borde de la acera

EL SOSTÉN DE LA FAMILIA

NOVELA DE ALFONSO DAUDET. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

- No me hables de eso, mira; estoy furioso contra mí mismo. Hubiera debido renunciar. ¡Ah! Yo sé muy bien por qué me nombran. Yo soy un viejo veterano de la República, de aquellos que decían las cuatro verdades á los mariscales del Imperio, tan llenos de entorchados como quisquillosos y ventru-dos... Sé mucho, he visto mucho y me amordazan... Su República está podrida; todos esos hombres quie-ren ser ricos; las oficinas y los pasillos huelen á di-nero, no se puede dar un paso sin encenagarse en él... y si piensas que me lo callo... Ya verás, cuando vayamos á ver á Marcos Javel..., el jueves, ¿te pare-ce? Ese día habrá sesión, y prefiero hablarle en el

Congreso mejor que en su casa. Verás si se las hago tragar gordas sobre Gambetta y los otros. Ahí tienes por qué soy jefe de taquigrafía.

En el jardín contiguo sonó una campana por en-cima del espaldar de follaje.

Raimundo se estremeció.

- ¿Estarían de vuelta los antiguos vecinos?

- ¿Los Mauglas? ¡Calla, hombre, calla! Se necesi-taría aplomo.

Y ante el asombro del joven, el marsellés se cruzó de brazos sobre su larga barba y se paró enfrente de él.

- Pero ¿es cierto? ¿Crees todavía en la inocencia de Mauglas?

Este asunto había sido motivo entre ellos de una constante disputa, que los últimos sucesos habían vuelto á poner sobre el tapete.

- ¿Pero no he dicho á usted, Sr. Izoard, dijo el joven Eudeline sin poder contener una sonrisa in-dulgente, que en el baile de Negocios Extranjeros hablé gran rato con Pablo Mauglas y que aparecía allí en la intimidad del ministro?

La cara del viejo se puso roja.

- ¿Y qué prueba eso, ¡jira de Dios! sino que Val-fón, Mauglas, toda esa gente, son la misma canalla y siguen la misma política de manos sucias? Ellos no se repugnan entre sí, menos cuando se les embrollan

los negocios. ¿No has leído entonces los periódicos? ¿No sabes que Valfón, en plena tribuna, acaba de denunciar a Mauglas como polizone al servicio del ministerio del Interior? Te aseguro que no le verás más en el baile de Negocios Extranjeros.

El viejo taquígrafo, gran lector de periódicos políticos, sobre todo en el campo, sacó uno de su batin de casa y con voz profunda leyó a Raimundo el artículo en que se publicaba con todas sus letras «el nombre del sutil indicador de la policía francesa — son las expresiones del ministro en la tribuna; — agente que estuvo siempre adscrito a la persona de Dejarine mientras su estancia en París y que le había advertido de las empresas criminales que se tramaban contra él.»

— ¡Es horrible!, murmuró Raimundo aniquilado. Hasta ahora no había podido creerlo..., pero después de tales afirmaciones... ¿En qué estado se encontraría el infeliz en aquel momento!

— ¡Ah! No le tengas lástima, dijo Izoard volviendo a tomar su voz natural; lo que él siente ante todo es perder su plaza. Cuando un hombre descende tan bajo no le afectan las humillaciones. Una vez muerto el orgullo, nada le resucita.

Dieron algunos pasos en silencio, mientras que en el jardín de al lado unas risotadas y carreras de niños recordaban las antiguas comilonas del vecino.

— Pero, diga usted, Sr. Izoard, preguntó Raimundo con cierta angustia, ¿cómo un espíritu de esos vuelos, una inteligencia tan fina, puede llegar hasta ese punto de abyección?

— ¡Qué sé yo, hijo mío!. Por debilidad, por cobardía; algunas veces también por un torpe cambio de aguja y hasta por desviación de un buen sentimiento, sí, hijo mío, de un buen sentimiento. Mira, me parece que no te he contado nunca mi aventura del club Barbés, en el 48...

Se detuvo para escuchar a lo lejos las campanas de Morangis que tocaban a vísperas y daban las cuatro. El viejo taquígrafo se acordó de repente de su frac, del chaleco de piqué blanco y del solemne lazo de muselina que le esperaban arriba, colocados sobre la cama; y Raimundo tuvo que privarse aquel día de la aventura del club Barbés. Pero la había oído tantas veces y debía oírlo aún con tanta frecuencia...

Fracasado su intento de pasar el día en el campo con Genoveva y su padre, Raimundo volvió, sin embargo, a París menos desolado. Es tan agradable quejarse cuando se sufre y tan consolador el ser compadecido, sobre todo cuando se trata de esas heridas de orgullo, traidoras y punzantes, que no se querría confiar más que a la almohada al morderla para no gemir. El hablar de esos desgarrones, el mostrarlos, una vez vencida la primera vergüenza, es un alivio tan dulce como la venganza. Sin más que haber dicho a aquel pobre viejo: «Esto me han hecho,» y haberse enternecido con sus propias desdichas, exagerándolas, Raimundo volvió a tomar gusto a la vida, y cuando bajó del tren, su primer pensamiento fué para la señora de Valfón, que recibía los domingos y a la que no había visto desde la aventura del hotel Beaumarchais. Dirigióse, pues, al ministerio, y había atravesado ya una gran parte de la antecámara cuando un portero le anunció que la señora estaba delicada y no recibía.

— ¡Delicada! ¡Delicada! Un modo de decir las cosas como otro cualquiera.

Así murmuró el joven Wilkie, que salía poniéndose los guantes, pálido como un clown y con las narices temblorosas.

— Tan delicada como yo... Solamente que ha habido una escena de familia espantosa. Mi hermana ha enviado a buscarme... ¡Qué bonita pieza se podía hacer! Un matrimonio de ministerio... A propósito, querido Raimundo, ¿cuándo querrá la señora de Eudeline recibir a mi madre para el paso que sabes?

Estaban los dos de pie en el borde de la acera, en la esquina que forman el puente de la Concordia y el muelle. La hora era deliciosa: las pendientes del Trocadero aparecían alumbradas por infinidad de luces envueltas en una bruma violácea, y circulaban multitud de embarcaciones iluminadas.

— Dispénsame, dijo Raimundo muy contrariado por aquel encuentro; creo que, por el momento, obligáramos a la señora de Valfón a dar un paso inútil. Ya te había dicho que mi hermana vacilaba un poco, y esta incertidumbre suya, que nada tiene de personal para contigo ni para otro alguno, se ha trocado en verdadera resistencia. Solamente la paciencia podrá llegar a vencerla.

Wilkie, cuya cabecita, contraída por la rabia, se estaba reduciendo a las más mínimas y viperinas proporciones, replicó con tono violento:

— ¡Yo lo venzo todo, querido amigo; ándate con cuidado!

Después añadió bruscamente:

— ¿Quieres acompañarme a la avenida de Antín?

— No, gracias. Esta noche como en estelado del río.

— Lo siento... Hubiéramos entrado en casa de Gastine. Allí pensaba hacerte ver mi último cartón de tiro al blanco y encargarte que advirtieses a Claudio Jacquand que antes de ocho días tendrá una bala en la ingle, uno de esos golpes de los que no se libra nadie.

Raimundo repitió sin comprender lo que había oído:

— Claudio Jacquand... Una bala en la ingle...

Wilkie añadió con sorna:

— ¿No conoces, acaso, a ese Claudio Jacquand? Pues no tardarás en conocerle. En cuanto a ti, mi querido presidente, ¿estás seguro de tu elección? Yo la pongo muy en duda... Adiós.

Desapareció entre la multitud abigarrada del puente, y Raimundo se quedó por largo tiempo inmóvil en el mismo sitio, preocupado por el aire de amenaza de su amigo y por su risita de cascabel.

¿Qué tenía que ver con todo aquello el tal Claudio Jacquand, a quien no conocía más que por haber ensayado juntos algunas figuras de minué? Ni siquiera estaba de pareja con Dina, puesto que ésta bailó con Wilkie. Entonces, ¿por qué toda esa cólera?

«Una esquela — pensó — a la lista del correo, dirigida a la señora de Valfón, y ésta me explicará en seguida todo el enigma.»

Caía la noche y a Raimundo le ocurrió la idea de ir a comer en un *restaurant* y escribir allí la carta. A lo largo del muelle pasaban rozándole sombras de aspecto fatigado y niños llevados a remolque de la mano, en aquel anochecer melancólico de domingo. Anduvo mucho tiempo y por la viva claridad que se escapaba de todos los pisos reconoció el *restaurant* famoso, muy concurrido por todos los glotones de la orilla izquierda. En el salón del piso bajo no había más que algunas mesas ocupadas. Raimundo se sentó a una de ellas, y mientras le servían se fijó en un periódico ilustrado que andaba rodando por las mesas y que publicaba las fotografías del antiguo ministro de la policía rusa y de su presunto asesino, aquel misterioso Lupniak que hacía una semana tenía en un pie a todo el servicio de seguridad. A la vista de este último retrato la cara de Raimundo palideció. Aquellos ojos agudos y atravesados, aquella nariz de calmuco, aquella mandíbula de fiera, eran las facciones del hombre que había visto escurrirse por el borde de la cubierta de cristales del hotel Beaumarchais, y cuya mirada había querido decirle al cruzarse con la suya:

«No nos encontramos más que en circunstancias extraordinarias, joven. Acuértese usted de la sala de visitas de Luis el Grande.»

Ya no podía dudar ni remotamente de la identidad del personaje, y mientras le miraba muy emocionado en aquella plana del periódico, se creía en el célebre cuarto del hotel, teatro de los trágicos sucesos, mirando por la ventana del patio aquella misma fisonomía.

Y aún temblaba cuando se puso a escribir a la señora de Valfón la hora y la dirección para su nueva entrevista.

En la sala de fumar de la Asociación, adonde fué después de comer para ver si Wilkie emprendía realmente una campaña contra él, los estudiantes estaban todos hablando de la aventura de Mauglas. Raimundo se jactó de conocerle, alabó las obras literarias del escritor y buscó los motivos de su bajeza. El joven encontró frases felices, y *tolstóiizó* toda la velada ante el busto de Chevreul y la litografía de Víctor Cousin; pero mejor hubiera sido que se hubiera guardado para sí sus reflexiones, pues varios miembros del comité, sus electores por consiguiente, hijos de procuradores ó de notarios y destinados a desempeñar con el tiempo las funciones de sus padres, quedaron escandalizados con sus teorías.

A eso de las diez sintió de repente el cansancio del día, tan largo y tan pesado para él, y por instinto se encaminó a su antigua casa de la calle de Sena; pero al volver la esquina del *boulevard* y al ver a lo lejos el almacén cerrado, se acordó de su nuevo domicilio.

Hizo el camino a pie, y después de subir sus cuatro pisos de escalera, encontró la llave en el sitio convenido. ¡Su llave! ¡Su casa!.. ¡Qué bien le sonó aquella frase repetida en su pensamiento!

¿De qué profundas y secretas fuentes de libertad, de individualidad humana, proceden esas deliciosas niñerías? Entró sin vacilar y guiándose en la obscuridad como si hiciera veinte años que habitaba aquella casa. Llegado a su alcoba, oyó, al tiempo de frotar un fósforo, un ligero rumor como de una sombra en el hueco de la ventana, donde se divisaba una

alta silueta destacándose entre los reflejos blancos de la luna.

— ¿Quién está ahí?, dijo en voz alta acercándose. Y la forma inmóvil se animó de repente y murmuró con voz vaga y misteriosa como la noche:

— Soy yo... Genoveva.

VI

VIDA NUEVA

A la mañana siguiente, Genoveva, con el abrigo puesto y un sombrero de violetas, iba y venía desde el cuarto tocador hasta un elegante mueblecillo que cerró cuidadosamente, después de lo cual puso la llave en la mesa de noche colocada a la cabecera de la cama.

— ¿Te vas ya?, preguntó Raimundo. Con este tiempo...

— Es preciso.

— Entonces, ¿hasta cuándo?

— Por la noche. Si trabajas, trabajaré a tu lado, contigo... ¿Te acuerdas de lo bien que te repasabas tus lecciones? ¿Qué estás ahora preparando?, ¿el doctorado ó ese libro de que nos hablabas? ¡Es tan hermoso escribir! ¡Se puede hacer tanto bien escribiendo un buen libro!

— Y hasta ganar mucho dinero. Pero entretanto, hay que vivir y hacer que los otros vivan.

— Ya te he dicho que tienes ahí, en el cajón de ese mueblecillo, treinta mil francos, el resto de mi dote, del que no tengo que dar cuenta a nadie. Ahí está la llave. Es más de lo que necesitas para pagar a tu hermano y sostener a tu familia el tiempo que tardes en escribir tu novela.

El joven se sublevó... ¡Cómo! ¿Todavía le habla de aquel dinero? ¿Hasta ese punto se le creía envilecido?

— ¡Palabras, palabras que nada significan!

— Pero yo creía... ¿No me has dicho que destinabas esos treinta mil francos a los huérfanos de Sofía?

La joven no lo negó. Sí, a esto los habría destinado si hubiera ido con ella a las Indias inglesas a fundar una sucursal del establecimiento de su amiga.

Raimundo preguntó entonces entornando cariñosamente los ojos:

— ¿Y quién te ha impedido partir?

— Tú, bien lo sabes... Cuando volvimos ayer Casta y yo de recorrer los bosques de Senart hablando de nuestro gran viaje, encontramos a mi padre muy alterado con tu visita y con tu desesperación... ¡Ah! Raimundo mío, la idea de que eras desgraciado trastornó todas mis resoluciones, y Sofía, que lo adivinó en seguida, no necesitó que yo se lo advirtiera. En cuanto se marchó mi padre me dijo sonriendo: «¿Quieres apostar a que sé adónde vas esta noche?» Yo hubiera podido devolverle la frase en la seguridad de que ella también pasaría la noche en París, con su amigo Lupniak, que sé que está aquí. ¿Dónde está escondido? Mi querida amiga no se ha atrevido a decírmelo a causa de... de...

La joven vacilaba al acabar la frase.

Bajo el bigote dorado y fino de Raimundo se dibujó una contracción dolorosa.

— A causa mía, ¿no es eso? Siempre he inspirado a Casta no sé qué horror y qué desconfianza; no sucede lo mismo con Tonín.

— ¡Qué quieres! Te encuentra demasiado guapo, demasiado admirado. Tonín se ha apoderado de ella por la lástima; le gusta precisamente por las cualidades de que carece; lo que no impide a Sofía el ser la mejor criatura del mundo. Escucha lo que me dijo ayer noche en la estación al despedirnos: «Has de saber, tía, que he hecho las paces con mi familia; los trigos producen y soy muy rica. Mi obra tendrá siempre necesidad de ti, pero dispón de tu dinero.»

— Observa que yo te digo exactamente lo mismo, dijo Raimundo acompañando sus palabras con una tierna sonrisa.

Una vez solo, trató de poner en orden sus pensamientos un poco embrollados por tan diversas sensaciones. Ante todo sentía un agradecimiento infinito hacia la admirable joven, y al mismo tiempo que mucha gratitud, había en él cierta molestia, cierto remordimiento por haber engañado a aquella pobre tía representando delante de ella el papel de paria de la familia, renegado y maldecido por todos los suyos, y jurándole un amor eterno cuando su pensamiento pertenecía por completo a otra, a aquella Valfón de la que acababa de recibir dos cartas aquella misma mañana. ¡Oh! Lo que es esta historia había acabado por completo. Hubiera sido criminal volverla a ver. Y en cuanto se presentó la portera

recibió una vez para siempre la orden de no dejar subir á su casa ninguna otra mujer que la que acababa de salir.

Aquella señora Alcide, portera y gerente de la casa, era una mujer activa, larga, flaca y charlatana, con una carilla feroz de perro ratonero y una terrible prominencia de mandíbulas, entre las cuales parecía tener siempre el fondillo de los calzones de algún organillista ó de algún ratero de sotabancos, mordidos por ella. La portera se puso á arreglar el cuarto mientras le contaba las innumerables vicisitudes que había sufrido desde el año 1871. Víctima de las agitaciones políticas, Alcide Scelós, obrero cincelador y corista en los teatros líricos, después de haber sido director del teatro Nacional de la Opera Cómica durante todo el período de la *Commune* y comandante de artillería los ocho días últimos, había escapado por milagro de los fusilamientos del cuartel Lobau, como todos sus compañeros cogidos en el Pére-Lachaise en la noche de la última batalla. Pero antes de ponerse en camino para la Nueva Caledonia, donde le condenaron á acabar sus días, obtuvo permiso para legitimar nuestra unión, dando así nombre á su hija.

— ¡Ay, Sr. Raimundo!.. No es por alabarme, pero me puedo jactar de haber hecho durante todo el tiempo de la *Commune* una buena directora con guantes de diez y ocho botones, hasta el hombro, como no los llevaba sino la emperatriz...

Había que ver el gesto majestuoso de la señora Alcide al separar la escoba que le ocultaba el antebrazo.

— La desdicha fué que en cuanto mi pobre hombre se embarcó, caí enferma á consecuencia de la mala sangre criada y de los miedos que había pasado. Después enfermó á su vez nuestra pequeña y se murió, sin que yo tuviese valor para escribir á mi pobre hombre esta desgracia. Figúrese usted, pues, nuestra emoción, cuando, gracias á la amnistía, nos vimos después de diez años en la estación de Montparnasse, llena de gente, y él me preguntó: «¿Pero dónde está la pequeña?» ¡Ah! Qué tristes estábamos cuando subíamos juntos la cuesta de Belleville en medio de los camaradas que reían, cantaban y daban gritos de alegría, orgullosos al encontrarse de nuevo con sus familias ya crecidas. En vano nos decíamos: «No hay que llorar; ya tendremos otros;» no cesábamos de sollozar, como si presintiéramos que íbamos á ser padres de una criatura deforme, que no ha dado todavía un paso y tiene cuatro años y á la que su padre ha de pasear de la mañana á la noche en un cochecillo... Mírelos usted, ahí están, Sr. Raimundo.

Como ya no llovía, la señora Alcide abrió la ventana del despacho y salió al balcón llamando á su inquilino. Desde aquella altura vieron adelantarse por la acera, mojada todavía, un cochecillo de niño, empujado por un robusto hombretón de hechuras de cargador del mercado. La capota del pequeño vehículo estaba echada y no dejaba ver el paquete blanco que iba debajo; pero el hombre levantó maquinalmente la cabeza hacia el balcón y mostró la fisonomía enérgica de un guerrero tártaro, con grandes bigotazos rojos y una cicatriz sesgada que le dividía la cara en dos partes.

— Ahí tiene usted al Sr. Alcide, dijo su mujer con respeto y orgullo.

— ¿No trabaja?, preguntó Raimundo, extrañando la desproporción que existía entre aquel empleo de niñera y aquellos músculos de salvaje.

La señora Alcide le hizo comprender sonriendo que el antiguo director de un gran teatro del Estado no podía cómodamente encontrar una plaza digna de él.

— Y luego, sabe usted, Sr. Raimundo — su cara se entristeció al hacer esta confidencia, — cuando se ha estado preso diez años, diez años en presidio, aun siendo inocente como mi marido; cuando se ha adquirido la costumbre de obedecer á un capataz y de recibir palos, queda siempre cierto temblor, cierto encorvamiento. Mi pobre Alcide, que ha tenido bajo su mando centenares de coristas y de tramoyistas; él, que llevaba la gorra de cinco galones y el cinturón rojo con franjas de oro de los miembros de la *Commune*, tiene ahora un miedo atroz del más insignificante jefe de taller. Entrar en un almacén á pedir un empleo, hablar con un guardia, con un carabinero, hasta con un cartero ó con un empleado del ferrocarril, es cosa superior á sus fuerzas, y estoy convencida de que no se colocaría nunca si ese buen Sr. Antonino...

— ¡Calla! Es cierto; usted conoce á mi hermano, dijo Raimundo irritado ante la idea de que una vez más le iban á aplastar con la generosidad, con la superioridad de su hermano.

Se contuvo, sin embargo, y supo escuchar sin gran

impaciencia el elogio de aquel excelente joven que no contento con haber propuesto al Sr. Alcide como vigilante en casa de Cornat, hablaba de hacer que viera á la pequeña un famoso médico amigo suyo.

— ¡Amigo suyo!.., murmuró el hermano mayor en tono de despreciativa ironía.

Y mientras pensaba quién podría ser el tal médico, la señora Alcide no se cansaba de admirar el buen corazón de aquel joven, que encontraba medio de pensar en todo.

— La señora quiere mucho á su hermano de usted, el Sr. Antonino.

Raimundo levantó la cabeza.

— ¿Qué señora?

— ¿Quién ha de ser? Su señora de usted, Sr. Raimundo; la hermosa señora que acaba de salir de aquí. La había visto venir dos ó tres veces con su señor hermano de usted para arreglar con él las habitaciones. Por eso la dejé entrar ayer noche. ¿Hice mal?

— No, no, hizo usted muy bien.

A pesar suyo, su voz temblaba ante la idea de que su hermano y la tía habían pasado tantas horas juntos y en intimidad familiar. Decididamente, estaba escrito que había de tener celos de su hermano de todos modos.

¿Era la sensación de un hombre que se encuentra completamente dueño de sí mismo; con un mobiliario nuevo y treinta mil francos en un cajón, ó era más bien la responsabilidad de aquella seria afición nueva que había aparecido en su vida? Ello fué que Raimundo experimentó aquella mañana una extraña necesidad de realizar actos viriles, de escaparse de la red de niñerías que estorbaba á su existencia. La presidencia de la A. le pareció de pronto cosa inútil y estúpida. Se dió cuenta por vez primera que desde que se creó la Asociación, los que habían hecho más ruido en las asambleas del fumadero y héchose más lugar en las mesas presidenciales y en los comités, se habían evaporado al primer contacto con la vida, fundidos y aniquilados en provincias mudas y lejanas. No, aquella presidencia infantil no valía todo el trabajo que tendría que tomarse para contrarrestar los ataques pérfidos de Wilkie, ni todo el tiempo que le haría perder. Lo que había resuelto era mucho mejor.

Llegó muy temprano á la calle de las Escuelas y entró en la oficina de Alejo, el cual le copió, con su hermosa letra de empleado, dos ó tres ejemplares de una declaración en la cual el futuro presidente de la Asociación se excusaba con sus queridos camaradas del comité y de la C. O. I. por la necesidad en que se veía de renunciar á su candidatura por motivos de interés privado. Hizo fijar una copia en el espejo del fumadero, otra en la sala de armas y otra en cada biblioteca, y se rió por adelantado al pensar en la sorpresa de Wilkie cuando viniese dentro de un momento á empezar su campaña de demolición y la viese terminada de una manera tan completa é inesperada.

Liquidado este asunto, se fué á casa de su madre, á la que esperaba encontrar sola á aquella hora tan temprana. Sin confesárselo guardaba rencor á la pobre mujer por haber asistido á la humillante escena del día anterior y por haberse contentado con llorar en vez de imponer silencio á Dina. Quería, pues, tomar algún desquite, y sin más que ver su manera de volver la falleba de la puerta al entrar en *La lámpara maravillosa*, la viuda de Eudeline se dijo muy inquieta detrás del mostrador:

«¡Oh, Dios mío, todavía está enfadado!..»

Cerró rápidamente las memorias de *Alexandre Andriane*, y dijo poniendo los anteojos como señal en la página:

— ¿Vienes á almorzar?

No, no quería almorzar. Venía solamente á darle un beso y á sentarse un momento á su lado para hacer unos pagarés y firmárselos á su hermano.

Muy tímidamente, y al tiempo de darle el tintero y la pluma, la madre insinuó:

— ¿Por qué esa prisa? Ya sabes que Tonín no tiene ninguna.

— Pero yo sí la tengo, mamá, respondió el hermano mayor en tono altanero.

Y era hermoso ver la gravedad con que Raimundo fijaba á tres, seis, nueve meses sus quiméricos vencimientos ante la mirada extasiada de la viuda de Eudeline. Se oía el roce de la pluma que al correr sobre el papel sellado turbaba el silencio del reluciente y bien ordenado almacén y el frágil campanilleo de las lamparitas cada vez que pasaba por la calle un ómnibus ó un camión.

— Ahora, querida mamá, dijo Raimundo en cuanto dobló los pagarés y los metió cuidadosamente en la cartera, quisiera que me enseñases tus libros.

La buena mujer le miró asombrada.

— Sí, tus libros de comercio... Deseo saber lo que gastáis tu hija y tú, y lo que os da mi hermano para vivir.

Había dos de aquellos libros en un pequeño nicho al lado del mostrador; el del almacén, que llevaba Tonín, y en el cual anotaba el número de lámparas que entraban y salían, que se fabricaban y que se vendían cada semana; y el de la casa, en el que la madre sentaba sus gastos diarios. Este último, un gran librote que Raimundo no había abierto en su vida, como tampoco el otro, estaba admirablemente llevado y en cada una de sus altas columnas, rectas y pomposas como naves de catedral, saltaba á la vista una cifra con la explicación del gasto. Recorridas las primeras hojas, Raimundo, avergonzado y corrido, volvió á cerrar el libro con presteza, pues entre los gastos menudos que reflejaban día por día la existencia de las dos mujeres... *Tranvía, 30 céntimos... Lana de zurcir, 20 céntimos... Carbón, 15 céntimos...*, venían á cada paso los gastos de bolsillo del joven, formulados de este modo: *Raim., 20 francos... Raim., 40 francos...*

La viuda de Eudeline interpretó mal el movimiento de su hijo al cerrar violentamente el libro.

— ¿Te parece que gastamos mucho?, dijo con dulzura; la verdad es que podríamos pasarnos con menos.

El hijo mayor protestó. ¿Para qué reducir los gastos, puesto que él iba á ser el que pagase?

La madre le miró con angustia.

— Pero... en fin, no irás á tomarnos en seguida á tu cargo. Con su parte de beneficios en el almacén, Tonín nos mantiene con facilidad.

Sin precisar nada, pues no sabía aún qué resolución tomar, Raimundo dijo con aire de afectada dignidad:

— Eso se queda para mi hermano y para mí y te ruego que no intervengas en ello. Lo que puedo afirmar es que el día en que me encargue de vosotras, ni tú ni Dina tendréis por qué quejarnos.

— Entonces, ¿no guardas rencor á nuestra Didina?

La madre volvió á ocupar su puesto de costumbre detrás del mostrador y retuvo á Raimundo sentado á su lado.

— Esa niña no es mala, continuó; es tan sólo violenta, apasionada... Hace algún tiempo le suceden cosas que ignora, pero que me atormentan. La veo triste, preocupada y, sobre todo, misteriosa, pues nadie puede saber lo que le pasa, ni siquiera la tía... ¡Ah! Si tú quisieras, estoy segura de que la harías hablar.

Raimundo sonrió con amargura.

— ¿Que yo me roce con ese cardo? Muchas gracias. Todavía estoy arañado... Me ha hecho indisponerme con Marqués; me ha obligado á dar un paso con Marcos Javel del que ella hubiera podido encargarse cómodamente... y no le guardo rencor por nada de eso. Caprichos de joven bonita... Pero no me pidáis que me ocupe más de sus asuntos. Quiero solamente probar que no soy un sostén de familia honorario... Y ahora, un beso y me escapo. Di á Tonín que vaya mañana á buscar sus pagarés; no saldré en todo el día.

— ¿Entonces no te veré?, preguntó la anciana con acento de tristeza.

— No, no. Me quedo en casa; estoy trabajando.

Desfloró con una caricia los bucles grises de su madre y la dejó con los ojos humedecidos por las lágrimas y la boca sonriente.

En efecto, al día siguiente no salió, pero no trabajó tampoco. Por la mañana temprano, en el momento en que Genoveva se iba á Morangis, tuvieron una pequeña escena de celos. ¡Oh, casi nada! Estaban hablando de su trabajo, del porvenir, y Raimundo la aturdiría con mil proyectos maravillosos.

— Si no fuera tan larga esa carrera, intentaría estudiar Medicina.

— En eso podría ayudarte más que en otra cosa, respondió Genoveva; la he estudiado con Sofia todo el año que estuve en Londres. Trabajé á su lado y no dejé su clínica.

Raimundo pensó en voz alta:

— Es verdad; te fuiste á Londres... ¿Por qué?

Y la joven, leal como siempre, repondió:

— Para tratar de olvidarte, bien lo sabes. En París estaba demasiado cerca de ti.

— Y no has podido... Confiesa que no has podido.

— Mi vuelta fué una confesión... y para saber que amabas á otra.

Raimundo trató de negar. Los hombres no tienen más que esa discreción.

— ¿Quién te ha dicho eso?

— ¿Quién? Pues tú mismo, acuérdate. Tu cantante del gran mundo.

(Continuará)

EL CARTEL MODERNO

(Conclusión)

Así como en los Estados Unidos el cartel artístico no hizo su aparición hasta el año 1891 con la cubierta que el francés Grasset ejecutó para el número de Navidad del *Harper's Magazine*, en Alemania habíase ya ofrecido al público algunos años antes, aunque en muy escasas proporciones. En un principio los tales carteles eran casi exclusivamente anuncios de exposiciones de bellas artes para los cuales daban los artistas simplemente sus diseños, y como los litógrafos alemanes sabían ejecutar estos croquis mejor que los de otros países, hubo allí menos motivos que en otras partes para que los artistas mismos se encargaran personalmente de su ejecución,



Cartel anunciador de las fiestas celebradas en Florencia en el invierno de 1896-97, original de A. Formilli

resultando de esto un retraso en el desenvolvimiento de un estilo original e independiente para los carteles en colores. Esto no obstante, en no pocos de estos carteles puede observarse que sus autores, aparte de las exigencias técnicas, saben llenar perfectamente las condiciones que esta clase de obras han de reunir para causar la debida impresión.

Existe un gran grupo de carteles al lápiz trazados indudablemente bajo la influencia del nuevo renacimiento iniciado en Munich, los cuales, á pesar de su carácter excesivamente ornamental y emblemático y á pesar de estar recargados de letras y faltos de luz, contienen algunas cosas buenas. Asimismo entre los trabajos de esta índole ejecutados por medio de la cromolitografía hay varios que aun hoy en día pueden ser clasificados entre los buenos carteles, no obstante haber sido este procedimiento el que á más errores ha dado lugar, especialmente en los anuncios industriales. Prescindiendo de otros muchos, el defecto capital de estos carteles era que sus autores trataban de conseguir los mismos efectos que con los cuadros, reproduciendo con exactitud realista los objetos y atendiendo á las reglas de la perspectiva: en vez de la impresión de una decoración superficial, buscábase la del lienzo de caballete y se copiaba un cuadro al óleo ó una acuarela en lugar de hacer un trabajo en colores que había de ser reproducido por la imprenta ó por la litografía. El ejemplo de los grabados de color japoneses indicó cuál era el verdadero camino que debía seguirse.

La circunstancia de que muchos de los primitivos carteles alemanes estaban destinados á espacios cerrados y debían ser vistos á corta distancia, explica el hecho de que sus autores dieran importancia especial á la minuciosidad de la ejecución y á las delicadezas y transiciones suaves del colorido: á este criterio obedecen entre otros el cartel del muniquense Nicolás Gysis para la fábrica de pianos de Rodolfo Ibach hijo, y el del pintor de Karlsruhe Maximiliano Lauger para la fábrica de pianos y armóniums de

Schiedmayer que reprodujimos en uno de los anteriores números.

Uno de los primeros carteles artísticos que se fijaron en las calles de Alemania fué el anuncio que Franz Stuck ejecutó para la exposición internacional de Bellas Artes de los secesionistas muniquenses y que reprodujimos en el número 845. La fundación de los dos periódicos *Jugend* y *Simplicissimus*, que desde hace dos años se publican en Munich, contribuyó poderosamente al perfeccionamiento de la cromotipia artística, puesto que los colaboradores de ambas revistas ejecutaron para ellas bellísimos carteles en los cuales entraban pocas planchas de colores. El cartel para el *Jugend*, original de Zumbusch, que representaba á dos alegres muchachas llevando casi á rastras á un anciano, produjo con su asunto cómico y fácilmente inteligible y con sus colores brillantes mucho más efecto que el trazado con tonos mate y dentro de un simbolismo difícil de entender que el pintor berlinés José Sattler ejecutó para la revista titulada *Pan*. También llamó poderosamente la atención el que para el *Simplicissimus* confeccionó Tomás Teodoro Heine pintando en él con singular acierto las figuras del diablo y de la pintura: este artista, en otros carteles y bocetos, demostró con su sobriedad en la parte escrita que limitaba á lo más estrictamente indispensable, con su habilidad en la elección de asuntos gráficos sencillos y de fácil inteligencia y sobre todo por la aplicación de un número reducido de colores, demostró, decimos, que sabía expresar la esencia y las condiciones del cartel moderno con no menos claridad que un Jossot, por ejemplo, entre los franceses, ó que los hermanos Beggarstaff entre los cartelistas de Inglaterra. Entre sus muchas obras de este género citaremos sus bulldogs para el *Simplicissimus*, su diablo para el anuncio de las tintas y de las plumas de la fábrica de Zeiss y C.^a de Berlín, y la mujer que lava á una jirafa para el de una fábrica de jabones. Pero de todos los cartelistas alemanes, el que mayores éxitos ha logrado ha sido Federico Rehm, entre cuyos trabajos sobresale como el más perfecto el cartel anunciador de la fábrica de cigarrillos *La Roumanie*, que publicamos en el número 846. Los nombres de Greiner, Jank, Raders, Witzel, Feldbauer y Gross merecen ser asimismo incluidos entre los de los artistas que en Alemania cultivan con mejores resultados esta especialidad artística. Los dos últimos que han ejecutado juntos muchos carteles tienen, entre otros, el de la Asociación de industrias artísticas de Munich, en el cual se ve hasta qué punto son los alemanes partidarios del simbolismo, que aun cuando por regla general no es el elemento más á propósito para esta clase de trabajos, en algunos casos, como el que nos ocupa, en nada perjudica á la clara inteligencia del anuncio, puesto que los dos brazos que en dicho cartel aparecen dándose las manos expresan perfectamente la unión del arte y de la industria.

Un pensamiento análogo preside en el cartel de Amberg para la exposición de industrias artísticas que se celebró en Heilbronn (Wurttemberg) en 1897.

Pero ninguno de estos carteles tiene la fuerza y la claridad del simbolismo que se advierte en los de Sütterlin para la exposición de industrias de Berlín de 1895, que á pesar de algunos ligeros defectos entra de lleno en el género cartelístico, y para la fábrica de acumuladores, sistema Pollak, de Francfort.

Así como los artistas berlineses no han producido nada realmente extraordinario en esta clase de trabajos, los de Dresde han realizado muchos verdaderamente afortunados: podremos citar entre ellos el cartel de Otón Fischer, impreso en cinco colores para la *Ciudad Vieja* de la Exposición de Industrias de Dresde, celebrada en 1896; el de Hans Unger para la fábrica de órganos Estey de Dusseldorf, que publicamos en el número 844 y que puede ponerse al lado de los mejores que han producido los especialistas de más fama; el de Hans Pfaff para los pianos Kaps, que reprodujimos también en el número 844, y los de Müller-Breslau, Behrens, Gissarz, Scholz y Goller. Los cartelistas de Dresde, como los muniquenses, han sabido evitar el escollo de la imitación; descubriéndose, por el contrario, en unos y otros que se han asimilado los principios fundamentales del cartel moderno, conservando, sin embargo, su originalidad y su personalidad propia. Esta es la mejor garantía de que en Alemania el nuevo arte arraigará y se desarrollará sano y potente.

Lo mismo puede decirse de los cartelistas escandinavos que, por haber hecho en su mayoría sus estudios artísticos en los principales centros del arte, se adhieren con entusiasmo á todas las nuevas tendencias. Esto no obstante, sus obras suelen tener un carácter nacional que las distingue de las de sus colegas extranjeros, y este carácter acentúase más que en otra clase de trabajos en los carteles, puesto que

en éstos han de ajustarse más que en los cuadros á los gustos del pueblo. Desde el año 1895 se han publicado en Estocolmo una serie de carteles en su mayor parte salidos de las casas editoriales *Konstnarliga Affischer* y *Central Tryckeriet*, los mejores de los cuales son debidos á Víctor Andren. De este artista es el que publicamos en esta página y que servía de anuncio á un Almanaque para las amas de



Cartel anunciador de un Almanaque para amas de casa publicado en Estocolmo, original de Víctor Andren

casa: este cartel expresa perfectamente la idea que el autor se propuso, y no tiene más inconveniente que el apartarse de la sobriedad de recursos que el género requiere.

Westman, Oestberg, Siogren, Krengen y Berg cultivan también con merecido éxito el arte del cartel en Suecia.

Los artistas noruegos, en cambio, apenas han entrado hasta ahora en el movimiento cartelista moderno.

Entre los dinamarqueses sobresale Pablo Fischer, cuyo es el humorístico cartel anunciador de una fábrica de cadenas para bicicletas, que en esta página reproducimos, mereciendo ser mencionados Henningsen, Willumsen, Eva Kalckar Drachman y la señora Holten Skonsgaard.

De todo cuanto llevamos dicho se desprende que apenas encontramos en la historia del arte otro ejem-



Cartel anunciador de una fábrica de cadenas para bicicletas, original de Pablo Fischer

plo de una manifestación que haya sido acogida, desde el punto mismo en que se iniciara, por los artistas de todos los países con el entusiasmo con que lo fué desde los primeros momentos el cartel artístico y en la cual se haya producido en menos tiempo mayor número de obras notables.

LUIS HOLLFELD

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

RRIMAS, por *Gustavo Adolfo Békér*. - En la imprenta de Carlos Cabezón, de Valparaíso, se ha publicado esta colección poética del malogrado Békér, acerca de cuyas bellezas nada hemos de decir porque pocos versos son más conocidos que los de este inspirado vate. La edición que nos ocupa ha sido impresa según la ortografía que en Chile se califica de racional.

EDUCACIÓN INDIRECTA, por *Anselmo Salvá*. - El pensamiento en que se ha inspirado el autor de esta obra, el distinguido escritor burgalés Sr. Salvá, no puede ser más noble y levantado: su libro tiende á propagar la idea de que todos, absolutamente todos, contribuyamos á que las clases populares reciban esa educación indirecta de que están muy necesitadas y que derivándose de las lecciones útiles, de los ejemplos saludables, de las palabras, de los actos de cada individuo, de los gobiernos, de los centros oficiales, de toda clase de establecimientos en general, resulta más eficaz, honda y constante que la educación directa que puede recibirse en una escuela, en un establecimiento dedicado á la instrucción. Impreso en Burgos, véndese á dos pesetas.

OCIOS CRUELES, por *Rosendo Villalobos*. - Colección de inspiradas poesías sobre diversos asuntos y escritas en distintos metros, algunos de ellos sumamente originales, por el joven poeta boliviano Sr. Villalobos. Se vende en las librerías Lakermance y Farfán, de La Paz (Bolivia).

COLECCIÓN DE ÁLBUMS INÉDITOS de *J. Xaudaró*. - El editor barcelonés D. Luis Tasso ha comenzado la publicación de una serie de álbums del conocido caricaturista Sr. Xaudaró: el primero, que acaba de ponerse á la venta, se titula *Lances de honor*, contiene una serie de intencionados y chispeantes dibujos que ridiculizan el duelo en todas sus fases. Al pie de cada página va una traducción de los epigramas al francés. Véndese á 80 céntimos.

ALBUM DE CANTARES por *D. Santiago Díaz Gil*. - El conocido poeta pamplonés Sr. Díaz Gil ha reunido en un tomo una colección de cantares de distintos géneros, jocosos unos, sentimentales otros y todos inspirados y ajustados perfectamente al carácter de esa clase de composiciones poéticas que en pocas líneas encierran un concepto las más de las veces profundo y contienen una provechosa enseñanza. El libro ha sido impreso en Pamplona en la imprenta y librería de Nemisio Aramburu.

INSTITUTO AMERICANO. - MEMORIA DEL AÑO ESCOLAR. - Hemos recibido la Memoria del año escolar del Instituto Americano que dirige en Adrogué (República Argentina) nuestro distinguido compatriota Sr. Monner Sans: de la lectura de la misma y de los datos estadísticos que forman sus apéndices se desprende el grado de esplendor que ha alcanzado aquella importante institución de enseñanza y los brillantes resultados conseguidos por los alumnos que frecuentan sus aulas.

LO FORT DE LA NINA. - Comedia en un acto y en verso, original de D. Baltasar Farcosa, inspirada en un episodio de la guerra de Cuba. Impresa en Barcelona, imprenta de Mariano Galve, véndese á dos reales.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El criterio católico en las Ciencias Médicas, revista mensual barcelonesa de Medicina, Cirugía y Farmacia, órgano de la Sociedad Médico-farmacéutica de los Santos Cosme y Damián; *Estrella Occidental*, semanario ilustrado de literatura y de arte que se publica en Guadalajara (México); *El Río de la Plata*, semanario ilustrado que se publica en Buenos Aires y es órgano de la Asociación Patriótica Española.

PAPEL ANTI-ASMÁTICO BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBEPYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION
EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones (curados ó prevenidos). (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

SIMIENTE DE LINO TARIN
Preparado especial para combatir con suceso
Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejiga (Exigir la marca de « la Mujer de 3 piernas »).
Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
La Cajita : 1 fr. 30

POMADA FONTAINE
Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eozema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los párpados, Caspa y Caída del pelo. - Fricciones ligeras por la noche.
El Boto : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

JABON FONTAINE. Excelente auxiliar de la
La Bola : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

TARIN, Farmacéutico de 1ª Clase, ex-Interno de los Hospitales
PARIS. - 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los
fujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de fujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. - DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD
con Ioduro de Hierro inalterable
CONTRA
la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
Exíjase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en París.
Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1876 1878 1883
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIZIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. . . de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropsias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G GELIS & CONTE
Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Ergotina y Grazeas de MERGOTINA BONJEAN
HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodérmica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS**
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

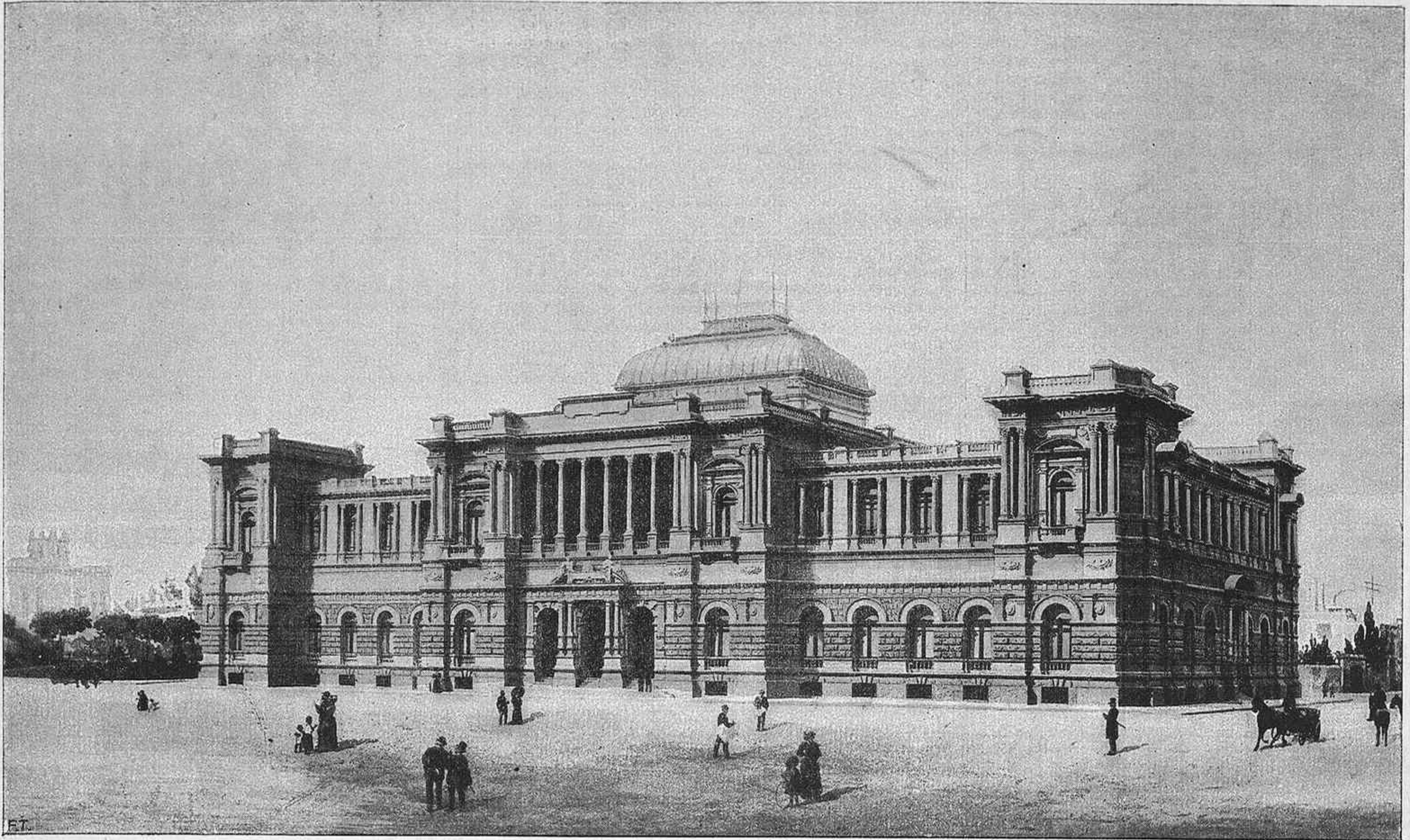
UNGUENTO ROJO MÉRÉ DE CHANTILLY
CURACION SIN TRAZAS DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnias, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fabrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abacoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

de los DRES JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS
OBESIDAD
trata con éxito desde hace 30 años con las
PILDORAS DE REDUCCION DE MARIENBAD
En las principales Farmacias
del D. SCHINDLER-BARNAY, consejero imperial
Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

ROB BOUYEAU LAFFECTEUR
Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
Prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
Acrítud de la Sangre, Herpetismo, Azo y Dermatitis.
CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.



BUENOS AIRES. - PROYECTO PARA LA NUEVA UNIVERSIDAD QUE HA DE ERIGIRSE EN LA CAPITAL DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, ORIGINAL DE ROLANDO LEVACHE, QUE OBTUVO EL PRIMER PREMIO DE 6.000 PESOS EN EL CONCURSO RECIENTEMENTE CELEBRADO EN AQUELLA CIUDAD

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS

P. MÈRE DE CHANTILLY
 ORLÈANS - FRANCE

UNGUENTO ROJO MÈRE
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
 Cojeras • Alcance • Esguineas • Agriones
 Infiltraciones y Derrames articulares
 Corvazas • Sobrehuesos y Esparavanes
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse a voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se extienden a todos los animales.

BLACK MIXTURE MÈRE
 BALSAMO CICATRIZANTE
 Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente a los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

VINO AROUD
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
 DOS FÓRMULAS:
 I - **CARNE-QUINA**
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles e Influenza.
 II - **CARNE-QUINA-HIERRO**
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito e igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
 CE. FAVROT y C^o, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 24 St-Denis, 46

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CARRERAS-CAZA
 EMBROCACION MÈRE de Chantilly
 INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÈRE FARM ORLÈANS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito, Med. Oro y Plata
 J. FARM y C^o, Nos. 102, R. Richelieu, Paris.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS, NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
 MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

APIOLINA CHAPOTEAUT
 NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emanogogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS
 PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Usico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para las cejas, emplease el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN